

REVISTA CRITICA

DIRECTORA: **Carmen de Burgos Colombine.**



RAMIREZ ANGEL. GUTIERREZ. MARTIN RUIZ.
FORTÚN. GOMEZ DE LA SERNA. MORALES.
NERVO. GONZALEZ BLANCO. ALMELA.
CANSINOS ASSENS. SARON. DIEZ
CANEDO. MUGICA.

Redacción: Velazquez, 44.—MADRID ♦ ♦

Administración: Casa Editorial MAUCCI.—BARCELONA

Precio: 1 peseta

REVISTA CRÍTICA



2.º Año.

Núm. de Abril, 1909

Núm. 7

CRÓNICA

ELOGIO DEL MES: ABRIL

DE LAS CORRIDAS DE TOROS

por Emiliano Ramírez Angel

¿Recordáis esas estaciones solitarias á donde entrásteis una tarde de Diciembre para entretener la espera tediosa de un trasbordo ó esperar la llegada del tren que había de conducirnos al negocio, al rincón paterno, á los brazos de la esposa ó al vagar apacible por el campo, lejos del neurótico tumulto cortesano?

Al través de los cristales de la sala de espera veíais caer la lluvia: una lluvia mansa, sempiterna, lluvia de camino de hierro, obstinada en pintar de gris la lejanía que vuestros afanes hacían luminosa y en zarandear los cuatro álamos que á la vera de toda estación parecen velar la agonía de unos cangilones de noria secos casi siempre. El aire era frío; el andén estaba desierto; á lo lejos, unas filas de vagones inmóviles, subrayaron vuestro fastidio dándoos una sensación de vida estúpidamente detenida. Y entonces mirásteis alrededor y visteis transfigurarse la blanqueada pared con la nota policroma del cartel de los toros de una feria provinciana.

¡Ah! Benditos los primores litográficos que vienen á refu-

giarse, como pájaros exóticos, bajo la nave de una sala de espera! En plena inclemencia inverniza, vuestro corazón tuvo ardores gloriosos de *choubesky*; y mientras el telégrafo anunciaba la salida del tren que estábais esperando, soñábais con Abril, con la calle de Alcalá y con los pases en redondo del *Bomba...*

Pasó el tren; pasó el invierno. Acabáis de asomaros á esa ventana de la vida que el calendario llama Abril. Estáis en la Corte, hace sol y por la calle de Alcalá bajan en manuela mujeres de España con mantillas blancas.

He aquí al buen pueblo madrileño completamente feliz. Acaba de saborear su taza de café en *La montaña*; va fumando su democrático *caruncho*; tiene novia y toma un coche; va con su amigo y asalta el tranvía de las Ventas. Si este madrileño luce unas botas nuevas, *de esas* que crujen, si en su tendido vé á los amigos de todas las temporadas; si hay en la plaza adornos y filigranas de buen torero y en la delantera de grada ve á un par de buenas mozas, piensa, lector, que ese madrileño es el hombre más venturoso de la tierra y no le vayas con esto y lo otro y lo de más allá, porque cometerá la estupidez de no escucharte.

¡Las corridas de toros!... El pueblo de Madrid no sabe ser triste ni aún en las procesiones españolas que debían ser las más tristes del mundo. Todo lo hace pintoresco, sonoro y triunfal. Va caminando y se le caen las risas, como si sus vestiduras estuviesen trabadas con flores; quiere compungirse un poco é improvisa meriendas; protesta contra un gobierno y sus gritos fenecen en canción; sabe que la vida es camino polvoriento y se resigna á no pasar de cigarra; pordiosea cobre para atacar al invierno y derrocha oro para cantar al sol. Transige con todo: impuestos, leyes, modas; pero no le quitéis ninguno de esos estupendos capítulos de su novela cotidiana que se llama cecido, lotería y corrida de toros.

Camino de la plaza, invade las aceras, asalta los ómnibus, llera los tranvías, se recuesta indolente en los «alquilones.» Abril, desde los tejados, sonríe irónico. Allá van todos: nobles y villanos, próceres y miserables, entre trotar de jamelgos, re-

fulgir de ruedas, tintinear de tranvías. Y todos corren alborotados porque el sol va con ellos.

Bajo la gasa azul del cielo que la haz dorada de la luna ha de ir cortando—á la noche—el buen pueblo se rebulle esperando el desfile de las cuadrillas. Flota por encima de la muchedumbre una suprema expectación. La muchedumbre, hecha acantilado, espera el recio oleaje de la lidia. La muchedumbre, hecha pólvora, aguarda el cohete inicial.

Ya suena el pasodoble; ya avanzan cara al sol, las tres hileras de toreros. Ved sus taleguillas fulgurantes, deslumbradoras, deshechas en luz. Por los tendidos pasa una onda trágica. Y acabado el paseo, prodúcese un silencio tan denso, que el clarín parece rasgarlo con un puñal rojo.

Después son los lances impensados, vibrantes, que arrancan aplausos y berridos á la multitud. La mancha oscura y bicorne que rastrea, que avanza, que acomete; el caballejo que cae, el capote que acude; el color de tragedia que toma todo y los minutos de tremenda emoción que nadie sabe medir.

Pero ¿quién incurre en la debilidad de referir nuevamente esta fiesta llamada de oro y de sangre? Ved tan sólo, cómo al acabar su faena el matador, el aplauso es un pájaro enardecido que va volando de mano en mano y salta siempre libre, de un tendido á otro dando vuelta á la plaza, como una escolta sonora del diestro, que también marcha á son; ved ese gentío vociferando, brutal, majestuosamente brutal, lleno de vida violenta, que olvida mujeres, amigos, libros y gobiernos para examinar si la estocada está ó no caída y si el matador se echó ó no fuera al «engendrar el viaje.» Ved esas buenas gentes pacíficas, vulgares y grises transfiguradas rápidamente, arrojando sombreros ó prodigando cigarros, olvidadas de sus negocios de sus amores, de sus inquietudes, como si la plaza de toros fuese un delicioso país que los dioses llenan de toreros, mantillas blancas y espasmos. Todo por obra y gracia del mes de Abril que es la más áurea torre para que las campanas de la vida toquen á rebato.

Justo es reconocerlo. No hay fiesta más vistosa, más mara-

villadora de todas las que protege el sol, que ésta de las corridas de toros.

No se hable de los analfabetos á quienes el espectáculo taurino embrutece provechosamente. Beethoven, Shakspeare y *Bombita* merecen un retablo suntuoso porque saben poner al final del camino el palacio, siempre hospitalario de la emoción.

La vida es tremendamente perversa; pero cuando llega Abril tórnase bondadosa como nunca. Sólo una inquietud nos suministra. Ha empezado la temporada taurina... y el abono resulta caro para los que tenemos pocas monedas. El mismo Hamlet, en la taberna de la calle de la Visitación, un domingo por la mañana, lanzaría una estupenda exclamación en inglés y ante sus ojos meditativos pasaría una sombra verdaderamente alucinante...

Madrid.



AROMA DE PARÍS

LA VIOLETERA

por Enrique F. Gutiérrez

Todas las tardes yo, indistintamente
desde mi hotel por el "Faubourg," subía
el «boulevard Montmartre» y cada día
se paraba ante mí coquetonamente:
—«Monsieur, la boutonnier»—y diligente
un pomo de violas me ponía
en el ojal, después me sonreía,
yo le pagaba y hasta el día siguiente.
Pero una tarde dijo: Caballero,
os suplico guardéis vuestro dinero,
hoy os pongo las flores sin cobrarme
y os doy la flor de un beso de mi boca...
Y añadió al yo decirla: ¿Qué haces, loca?
—Os pago la constancia de comprarme.

EN EL «BAL TABARIN»

El templo de la alegría
donde la risa borbota,
la música en cada nota
lleva el tema de una orgía.
Hay un enorme zumbido
de risas y charloteo...
Tabarin es el deseo
y el frenesí enloquecido.
Es el templo donde oficia
toda la grey cocotesca
y en zambra funambulesca
danzan placer y caricia,
Aquí es donde conocí
¡oh día imperecedero!
á la Carolina Otero
y á la Liana de Pougy.
Oleadas de pasión
perfumadas, mil mujeres
que son de amor mercaderes,
cruzan el amplio salón;
senos altivos y duros
asoman entre las gasas,
y aquellas ebúrneas masas
son del amor los conjuros;
brillan los ojos azules,
los negros relampaguean
y en los labios juguetea

besos leves como tules;
las manos entrelazadas
sellan promesas galantes
y silban insinuantes
las voces enamoradas,
y entre espuma de Champagne
y charlas y risas locas
juntan sus labios dos bocas
y amores vienen y van.
En torno de cada mesa
libra el amor su batalla
y á la caricia que estalla
se le rinde la promesa.
¡Noches de pasión!... ¡Oh noches
del Bal Tabarin, qué hicísteis
mi felicidad... prendísteis
de mi loco amor los broches
Horas, de amor enemigas
pues pasan como los rayos,
cobijaron los desmayos
de gozo de mis amigas.
¡Oh el baile! Hirviente volcán,
vórtice voluptuoso,
sendero pecaminoso
alegrísimo can-can
donde las piernas se agitan
entre las nubes de encaje
mientras las sedas del traje
al aire se precipitan,
y las piernas giran, saltan
luciendo sus atractivos
y están los ojos cautivos
entre las ropas que esmaltan
y entre el bajar y el subir
de piernas esculturales
se gana vida á raudales

ó se siente uno morir:
Fiebre, delirio, pasión,
locura, vida, placer,
¡ay! para cada mujer
quien tuviera un corazón.

París, 1907.



DE LA VIDA PROVINCIANA

LA CIUDAD DOLIENTE

por Leocadio Martín Ruiz

Está la población en un extremo del llano, cuando comienza la ancha cinta de las sierras plumizas, intensamente plumizas, que luego, en la lejanía, tienen una azulosidad de añil. Bordea por la ciudad un arroyo que va á regar unas huertas humildes que tienen unos cuantos perales y algunas vides pobres que dan poco fruto; y la tierra aquellas dolorosamente parda, más parda aún que la de la llanura hermana, apelmazada, estéril, hambrienta de agua, acusadora de indiferencias.

Blancas son las casas del pueblo; las calles se alongan en una blancura doliente; más que blancas, son blanquísimas, como los mármoles, como las naves de los cementerios de las grandes capitales; esta albura da una sensación de piedad, parece que se nos demanda una palabra de merced caritativa para este blancor de camposanto, y nosotros, acaso tocados de miedo más que de compasión, balbuceamos misericordiosos:—Dios mío, ¡que blanco todo, demasiado blanco!...

Almadén, la ciudad del mercurio, padece constantemente bajo esa blancura; quizás quisiera darnos la agradable emoción de un pueblecito andaluz, alegre, risueño, coquetamente enjalbegado, blanco-azuloso, con claveles en las rejas de las novias, pero su deseo se estrella en esta tranquilidad de muerte que vivimos, en el blancor de nieve de sus calles rectas, en la expresión de los rostros anémicos de casi todos sus hombres.

Porque sufre muchas penas, el pueblo de los ricos yacimien-

tos mercuriales quiere engañarse á sí mismo; y de noche, cuando todo tiene una calma que aterra, cuando no se oye más que, de tarde en tarde, el resoplido de alguna de las viejas máquinas que extraen los bloques rosa riquísimos de azogue, una voz lejana, voz de tenor excelente, voz sentimental que llega á los corazones, dice un cantar de ilusión, cantar de niñitas morenas que saben querer, cantar de felicidad, cantar que produce olvido de dolores, admirable trova que nos evoca antiguas historias de enamoramientos.

Y luego, la voz encuentra otras voces cantoras; se forma un concertante con las más opuestas canciones; fragmentos de *Mujer y Reina*, la gallarda salida del tenor de *La Tempestad*, dulzuras de una serenata, la delicia de un romance moro que se mezcla con la picardía de una seguidilla, el tango de la zarzuela que con más éxito representó la pobre compañía que tuvo tantos fracasos...

Esos mismos mozos que cantan, son los que vemos todos los días, durante las primeras horas de la noche, en las *Cuatro esquinas*, silenciosos, como agobiados por muchos pesares, embozados en sus amplias capas españolas.

Lentos, ya puesto el sol, van llegando de todas las calles; diríase que acuden á una cita, exactos, invariables. No hablan, no tratan de asuntos de ganadería, ni de la enfermedad de las vides, como en los pueblos del vecino llano; no cuestionan nunca; acaso esperan; siempre fijos en la calle Mayor, por la que cruza toda la ciudad, tienen eternamente una demanda; aguardan un nuevo engaño que vendrá en la destartada diligencia que va todos los días á recoger el correo.

Al ver estos corros de hombres silenciosos, que no se cansan de esta quietud de fantasmas, nos preguntamos si esta es la trabajadora ciudad mineralógica.

—¡Dios! Pero entonces, ¿quiénes son los que trabajan?... Cómo tan constantes en su mirar de esfinges los que una vez y otra, y siempre, vienen de todas las calles á pasarse horas y horas en lo que bien pudiera llamarse «Mentidero», al observar

la asiduidad de tantos visitantes embozados en las castizas pañosas?

En toda esa quietud, que es resignación, en esas citas de siempre, en el silencio de fantasmas, hay un pavoroso problema. Problema de hambre engañado con esperanzas, ilusiones á las que se les quiere dar una realidad próxima, deseo, ansia, necesidad de creer en un hombre que habrá de remediar el mal que tantas víctimas causa.

Y Almadén, aún niño, chiquillo á lo más, rastrea sus dolores por una espinosa senda de credulidades, dejando en ella vidas preciosas, juventudes que se acaban cuando comienza á apuntar la Primavera y los árboles anuncian alegría en sus retoños nuevos, verdísimos, futuras alcobas nupciales de un ejército de pájaros cantores.

La blanca ciudad doliente tiene un eterno y encarnizado enemigo: el presupuesto.

Las mujeres pronuncian con terror esa palabra; los niños la dicen demandando compasión, implorantes, los hombres resignados, la miman, van diciéndolo lentamente, no se advierte si de ironía ó de esperanza; y el presupuesto, las frías cifras, causantes de la anemia, madres de tanta espantosa tuberculosis, no cambia, tiene siempre la misma mezquindad, es el azote de la limpia población que pone interés en darse al viajero una grata emoción de villa andaluza.

El presupuesto no se conmueve; en vano es decirle de tanta angustia; pero ¿quién hace ese presupuesto?...

¡Ah! ¡hombre de alta condición! Jefe, Subsecretario, Director General, Ministro, lo que seas, pues que sobre todo está tu condición de humano, ¿has estado alguna vez en esta ciudad que muere trabajando, que sufre resignadamente, que canta, luego, engañando su sufrimiento?... Pues ven á ella, ven, que cuando sepas su miseria, cuando te des cuenta de la verdad de su triste vida, sentirás agua en los ojos, calor en el rostro, hinchazón en las venas, y en el pecho el corazón saltará golpeándote como airado vengador.

Y sino, oye, ¿tienes hijos? Pues imagínate que no eres Sub-

secretario, ni Ministro, ni Jefe, ni Director General; piensa que tu hijo, la carne de tu carne; tu nene morenito, de cara simpática y bondadosa, de constitución endeble, necesita llevar un pan para repartirlo en el hogar, azotado por la miseria; y como vive en Almadén y el presupuesto no dá más que mezquindades de una peseta, de seis reales, si quieres, en sitios destructores de las mejores naturalezas, tu hijo te lleva un pedazo de pan amasado con su sangre joven, con su sangre de Primavera, con su vida que era toda la esperanza de la casa, la alegría para la vejez de la madre amante...

¡Ah, buen hombre que confeccionas presupuestos! Tú no has visto cómo se muere en esta ciudad de un bláncor de mármol. Tú no has pensado en estos niños morenos, de pelito ensortijado, niños que se agotan en plena esperanza, cuando comienzan el amor...

Quiero preguntártelo otra vez: ¿tienes hijos?

¡Así te los conserve Dios en la alegría de tu hogar para gloria tuya, si te acuerdas de estos otros que también pueden ser gloria de viejecitos acabados en el trabajo!

Hay una solución vengadora, de la que puede hacer uso esta desdichada gente que vive en la ciudad del mercurio: la huida abandonar totalmente la población que tantos dolores produce; pero esto tiene una contrariedad: el Estado dispensa del servicio militar á los que dan su sangre en estos trabajos incruentos y las madres, que no saben como es la vida de los ejércitos modernos, prefieren este encadenamiento de las faenas mineras á la separación necesaria para cumplir los años de milicia.

Sería admirable una huida, si fuera posible; de una inmensidad trágica, de una fuerza que sobrecogería de grandeza.

La caravana saldría lentamente, lentamente; sobre las espaldas llevarían el modesto ajuar de la pobre vivienda; primero las madres, salvando á los chiquillos en los brazos amorosos, después los mozuelos, los de la edad preciosa, que se libran de la segura tuberculosis, luego los abuelos, los temblones, los inválidos de esa lucha aterradora y, por último, los hombres, los que pensaron conscientemente aquella decisión salvadora.

Y caminarían por estas tierras pardas, por estos pedazos de monte incultivado, silenciosos, inmensos, vengados ya de tanto horroroso azote, hasta que al abrigo de unas peñas, junto á un riachuelo alegre, cerca de una risueña vega, acamparan, repúblicos y contentos, para formar una nueva ciudad de labradores, un pueblo esforzado y trabajador.

Pero no sucede. El encadenamiento seguirá eternamente por los siglos de los siglos.

Y mientras las vidas se acaban en pleno florecimiento, cuanto más aprietan las penas, Almadén, la ciudad doliente de las blancuras que piden compasión ó nos infunden miedo, sigue resignándose á su silencio doloroso y sigue cantando, á las altas horas de las noches serenas, trovas dulces, de ilusión y felicidad, como uno de aquellos dichosos pueblos árabes que pregonaban su vivir próspero.

Para esta ciudad que muere corriendo, hizo el exquisito poeta Manuel Machado aquellos inmortales versos arrancados de nuestro carácter:

Cantando la pena,
la pena se olvida

Sí, canta, blanca ciudad dolorosa, que es preferible saberte trovadora é indiferente, á saberte lagrimeante, implorando y despreciada.

Canta, mozo tenor, canta amores y alegrías, que la ciudad es feliz al arrullo de tu ilusión.

FEMINA

PARA CARMEN DE BURGOS

por Salvador Rueda

Ya fenecieron los tiempos dorados de dioses y diosas,
conque llenóse la tierra fecunda de risa y belleza;,
se refugió en el Olimpo remoto la eterna alegría
y un vasto soplo de trágica muerte pasó por las almas.

Ya Jesucristo preside la tierra desde árida roca
y un remolino de cuervos le trenza corona terrible;
al regocijo del paso de Ceres que trigo esparcía,
ha sucedido la Virgen doliente del mar Galileo.

Sólo tú quedas mujer, diosa, musa, figura arrancada
del alto Olimpo que tuvo la Grecia, que tuvo la Hélade,
y tú comprendías en tiempos presentes de gracia desnuda,
la gran belleza de edades antiguas amadas de Venus.

Júpiter sólo te pudo con rosas cuajar deslumbrante,
definitiva de trazos soberbios, perfecta de formas,
y cual Minerva surgió de su númen, riente y divina,
tú de su frente brotaste briosa cual noble milagro.

Para que fueses la espléndida Palas de faz potentosa,
sólo te falta vibrar en el viento la lanza de oro
en cuya punta la luz chispeaba del cielo de Atenas
y á los ejércitos mostraba cual guía su extremo dorado.

Para que fueras Cibeles Augusta, tan solo te falta
tener las aves que abrieron las puertas del tiempo;
para canéfora, te falta tan solo brindar el cuchillo
en la canea de luz y de oro colmada de espigas.

Para que fueses de Eupátrida noble la insigne doncella,
sólo te falta llevar en tu estatua la túnica jonía
y adelantar como al son de una música la marcha riente
entre el temblor que formasen los pliegues del velo de plata.

Juno solemne se mira en tu torso de altiva cabeza

donde es tu frente la sombra sagrada de color antiguo
y son tus ojos las fuentes magnéticas que exhalan brillando
la juventud que rebrota el espíritu y enciende los ojos.

Estatua finjes bajada del friso del templo de Atena
donde estuviste, trocada por siglos, en blanco Pentélico,
y departiste con Zeus sublime, con Heva admirable,
y con Apolo de rubio cabello formado de luces
y con Deméter que ostenta los senos cual conos de trigo
y con Dionisos que lleva en las sienes corona de pámpanos.

A tus iguales, los dioses divinos, reiste hecha mármol
hasta que hastiada de ver las centurias sin fin sucederse,
reina del hombre, bajaste del friso, bajaste á la tierra
para encender con tus ojos los pechos de ardor inefable
é iluminar con tu risa los mares, los cielos, las almas.

Son cual dos cráteras de insigne alabastro tus senos opimos
en los que bulle con risa de fuente la leche divina,
y son tus brazos dos jaspes soberbios, dos trozos de Paros
donde pegaron los altos cinceles de Fidias inmenso.

En tus caderas están las dos curvas que forman la lira
y cual cordaje tu pelo se tiende rayando tu espalda:
se te creyera la lira de Homero de humana y grandiosa
variada en líneas calientes é intensas de vida y de carne.

Simbolizas la clásica Helena de edades de oro
que aún viene andando por calle formada de hileras de siglos
Venus no muere; tú cantas su triunfo; te llevan los hombres
en procesión como á Fémima excelsa que avanza á lo eterno.

Mientras que cruzas llevada en los hombros cual santa tur-
quesa,

yo en cuatro flautas de sándalo y cedro, de roble y de oro,
te ensalzaré como á Diosa sagrada que llena la vida
mezclando sonos de eólo y de frigio, de lidio y de jonio.

FIVE Ô CLOK TEA

por Fernando Fortún

Así empezó... ¿Te acuerdas? Estabas aburrida,
Tu mano que volaba de la manga perdida
al estrechar la mía la retuvo un momento...
La tarde era aún más dulce dentro del aposento;
y como estabas sola te alegró mi visita...
Había una elegante placidez infinita:
la tetera humeando, un libro abandonado
junto á tus pies caído... Yo me senté á tu lado
Hablamos. Las palabras en las tardes se llenan
de una intimidad tal y de tal modo suenan
que parece que á solas con nosotros hablamos
cuando así en la penumbra de una estancia escuchamos...
Yo me acerqué despacio y un poco á tu butaca,
En rígida elegancia de archiduquesa austriaca
se doblaba á ese peso de la tarde y nerviosa
ibas hablando, hablando con tu voz perezosa...
Ibas hablando bajo, muy bajo y lentamente
sintiendo que tu alma era como una fuente
y la cabeza echada con descuido hacia atrás
pensabas algo que antes no pensaste jamás...
Un vals lejos... Morían los ecos de la calle.
Una bata muy suelta envolvía tu talle;
te ibas sintiendo un poco heroína de Bourget
y yo estaba sin guantes desde que tomé el té...
...No sé cómo tu cuerpo perfumado y minúsculo
cerca del mirador bajos mis brazos tuve...
Callaste... Bajo el rosa pálido del crepúsculo
pasaba lentamente una dorada nube.



SANTA MARIA

LA BLANCA

por Ramón Gómez de la Serna

—Sería una magnífica heroicidad. ¿Pero y si ella...? Entonces sería una desgracia desmedida... ¡Mi pobre María es tan buena!... Da tantas cosas conmovedoras que pensar todo esto que mejor es no pensar nada... (lié un cigarrillo).

Tentador es sondearla. ¿Pero si en vez de un gran fondo descubro que no lo tiene?... La prueba es extraordinaria... ¡Se acrecería tanto si triunfara sobre su egoísmo! ¿Pero y si... Bah... A cara ó cruz, (puse una moneda en el puño, lo cerré, y lo volví á abrir)...

¡Cruz!... Pasé el Rubicón.

Decidido... Se la inmolaré ó no se la inmolaré, ella decidirá...

Mi situación se parece á la de Abraham... Es tan trágica...

(Alcancé la Biblia, y para hacerme prosopopeyicamente interesante, leí el capítulo 22 del Génesis):

«1. Y ACONTECIÓ después de estas cosas que tentó Dios á Abraham y le llamó: Abraham, Abraham... Y respondió él: Aquí me tenéis SEÑOR.

2. Y díjole: Toma á Isaac, tu hijo único, á quien *tanto amas* (¡Oh mi dulce María á quien *amo tanto más* que Abraham á Isaac!) y vete á tierra de Moriah y allí me lo ofrecerás en holocausto...»

La suerte estaba echada,.

Me encaminé.

REVISTA CRÍTICA—2

En el trayecto, recordaba como un *ritornello* los otros versículos:

«6. Tomó también la leña del holocausto y cargóla sobre su hijo Isaac, y él llevaba en las manos el fuego y el cuchillo: caminando así juntos.»

¡Mi pobre María tan inocente como Isaac de que oscilaba sobre ella como la espada de Damocles lo irreparable!

Sentí que me acudía al corazón cortándole á cercén, la ingénua pregunta de Isaac á su padre, instrumentada por la voz *caliente* y bruñida de María:

«—¿Dónde está la víctima del holocausto?...»

Me sentí desconcertado.

*
* *

Llegué á casa de Concha. Había visita. Había que hablar de cosas frívolas.

—¿Irá usted mañana á la jura?...

—No sé. Eso depende de Concha.

(Por dentro pensaba: He de esmerarme en las palabras, hay que decírselo en las más seráficas palabras, en las más inmaculadas, con la dulcedumbre con que lo siento todo. Principiaré...)

—Que te hablan Ramón.

—Ustedes dispensen. Estaba distraído.

¿Ve usted á Pepe?...

—Sí, muy á menudo... Es de nuestra tertulia en el círculo... Antes de ayer vimos á esa rusa de la Zarzuela...

(Y por dentro seguí pensando... Principiaré: «Te voy á contar un secreto que no debo ocultarte... Antes de conocerte...»

Pero no. Así se alarmaría. Creerá que tengo un hijo natural...)

—Que te dicen adios.

—Adios Ramón.¿

—Adios,

Se fueron todos un momento.

Volvió Concha.



Hicimos nuestro rincón de las delicias dentro del mirador... Un momento rehusé pensar en lo que había de decir... Como siempre que no se piensa en nada, hice el inventariado de mi alrededor... Sobre los *boucaros* de cristal, cubiertos sobre el re-
pecho del mirador había flores... Rosas, jacintos, y esas otras flores como inéditas, que interesan tanto y de las que sólo la ramilletera conoce su nombre).

—No dices nada...

(Era la salida frívola de muchos días á la que no se podía contestar más que frívolamente):

—Que me gustan las flores, y sobre todo esas que son la comparsa anónima de las flores de casta, de las augustas.

(Vuelta al silencio, me tranquilicé. Seguí distrayéndome).

—Me gustan los miradores, tienen mucha luz, mucha jovialidad, está uno más dentro de la naturaleza dentro de ellos. Parece como si se viviera la vida del aire libre, parece navegarse sobre el aire, lejos de las contaminaciones de los cuartos del interior, sombríos porque nunca se acaban de desinfectar de las muertes habidas, siempre un poco sórdidos... El mirador nos abluciona con su luz y nos oxtimiza.

—Ni has mirado como va mi labor. ¿Qué te sucede?

(A una pregunta tan llena de extrañezas y tan extraordinaria, bien podía responder con mi secreto. ¿Pero...? Nada, nada; había salido cruz. ¿Pero sería ella capaz de comprenderlo todo?)

—Escucha. Te voy á contar un secreto... Había esperado para decírtelo á tener esta confianza que hoy tengo contigo. Temo contártelo, no porque en él se agazape una villanía, sino porque puede provenir una gran desgracia, todo un derrumbamiento, de cómo lo interpretes tú.

—Cuenta, cuenta.

(Concha guardó el dedal y se acodó sobre el bastidor).

—Me emociona pensar que todas las almas de mujer son un poco arbitrarias, y que la tuya sea como todas... Eso que no: tú eres excepcional... Yo antes de amarte á ti, amaba á otra mujer, es decir, era novio de otra, mujer no, no desenvaines tus uñas retráctiles al ver que es una igual, no, era una niña ca-

si, tenía quince años... No la quería, pero tampoco dejaba de quererla, era la novia accidental con que esperamos á la decisiva, á la que ha de sacudirnos y sacarnos del sopor de los muertos... Yo te amaba nostálgicamente en ella. Era un simulacro, aquel amor, del nuestro de hoy... Te conocí, te quise, y te sigo queriendo, pero ni me atreví entonces, ni me he atrevido todavía á romper con ella... Ella me quiere de verdad y cree en mí... Es admirable la fe que ha puesto en nuestro amor, la fe de una profesora... Si algún día me dijese que se había transfigurado y había ascendido sobre la claraboya de su buhardilla sin romperla ni mancharla, no me sorprendería... Es muy buena, muy buena... Tiene una seguridad sin veladuras en el porvenir y en el camino que nos resta por recorrer... Es un absurdo que esa seguridad se quiebre, y yo no he querido ser un monstruo cometéndole...

Pero todo este modo de contar se parece al de un cuentista, cuando yo quiero que veas en detalle, que es algo de la vida y no un vaciado, lo que va á desplomarse ó á perdurar...

En una tarde muy plácida de día de fiesta, en el parque del Oeste, todos los colores como recién lavados, el del cielo, el de los macizos y los de ella, con un trajecito hecho de nada, pero muy propio, la primera tarde en que nos veíamos sin prisa, yo comencé á llamarla Santa María la Blanca, y ella, toda desvanecida, me hizo jurar...

Juré porque estaba viéndolo todo aquello como 'colocado en un *pasparton*, y sentaba bien el gesto en la acuarela. Además, no jurar hubiera sido envenenarla.

Desde aquella tarde, ella fué otra, más expresiva y [más mía, y desde entonces yo la llamo Santa María la Blanca.

«Santa María la Blanca», este nombre es toda ella. Tú piénsalo, que con sólo pensarlo, se te aparecerá una sonrisa de mujer, y un candor de figura que será el suyo. Invócala.

Muy buena, muy suave y muy blanca. Es un conjuro mágico, al que responderá su aparición, donde quiera que se pronuncien el de estas palabras:

«Santa María la Blanca».

Pero tú dirás: ¿l'or qué me hablas tanto de ella? Porque te quiero tanto, que no quiero que haya un engaño entre los dos, y porque verás:

Ella me ha visto dos ó tres veces contigo y ha pensado que eras mi hermana. Yo no la he desmentido. He hablado mucho de tí, de que la querías y me habías hablado mucho de ella, también como de una hermana.

Ayer en nuestra entrevista de las diez, porque como sábado fué día de remate en su taller y salieron muy tarde, me entregó su retrato para tí. Oye la dedicatoria:

«A mi hermana Concha con todo el corazón»

MARÍA

Ahí le tienes. Ella espera el tuyo. Yo no sé si es demasiado. Pero aunque todo se fuerce por parecer audaz en esta coincidencia, ¡es tan inocente, tan bondadoso!... Yo sé que es difícil desmentir la mueca de cinismo que tienen estas cosas que te digo pero... nada. Tu dirás, Vengo dispuesto á sacrificártela.

(Concha miraba en silencio el retrato, absorta. Parpadeando mucho como quien está toda conmovida y debiera llorar y se abstiene... Pensé en la voz del ángel de Ichova deteniendo á Abraham;

«—Abraham, Abraham, no extiendas tu mano sobre el muchacho».

De pronto Concha se levantó, arrancó á un portarretratos de sobre el chinero un retrato suyo, el menos fastuoso para no ofenderla, el que se hizo un día al pasar, por casualidad, y escribió:

«A mi querida hermana Santa María la Blanca con los brazos abiertos»

CONCHA.

Lo leí sobre su hombro, y sin retenerme la besé en la nuca. No la había besado nunca y no se incomodó. Aquel beso estaba incluido de tan grandes cosas, evímias y maravillosas, que no manchaba.

—No has podido ser mejor, Concha...

(Ella recoge los trajes, los besos fecundantes esta tarde. Se quedó pensativa.)

—Pero y después... ¿Como terminará esto?

(Verdad, ¡era irreparable! ¡Pobre Santa María la Blanca! Yo nunca había visto tan á las claras lo irreparable, y me asusté).

—¿Cómo terminará?

Apesadumbrados tuvimos un largo silencio que no resolvió nuestra angustia.

No se ha resuelto aún.



DIARIO EN EL CORTIJO

por Tomás Morales

Cortijo de Pedrales de lo alto de la sierra,
con sus paredes blancas y sus rojos tejados;
bajo el sol de la tarde y el buen olor á tierra
húmeda, en el silencio de los campos regados...

Bajo la dirección tenaz de mis mayores
se construyó la hacienda y se plantó la viña
y más tarde sus hijos que fueron labradores
fincaron con su noble sudor esta campiña.

Todo está como ellos lo dejaron: la entrada
con su parral umbroso y el portalón de encina.
Aún la vieja escopeta de chispa, abandonada,
humildoso trofeo, decora la cocina.

Allí los imagino con ademán sereno,
bajo las recias vigas del artesón ahumado,
al presidir la mesa, partiendo el pan moreno
sus diestras, que supieron conducir el arado.

O en la quietud benigna del campo bien oliente,
mientras el agua clara corre por los bocanales
de codos sobre el mango de la azada luciente
é inclinadas á tierra sus testas ancestrales.

¡Oh el perfume de aquellas existencias hurañas!
que ignoran en medio de estos profusos montes

si tras estas montañas habría otras montañas
y nuevos horizontes tras estos horizontes...

La casa blanca al borde de las espigas rubias,
la conciencia serena y el hombre satisfecho,
los ojos en las nubes que han de traer las lluvias
y el alma en la esperanza de la buena cosecha...

Y así fueron felices... De toda su memoria
sólo quedó esta página inocente y tranquila:
Vivieron largamente sin ambición ni gloria;
su vida fué una égloga, dulce como una esquila...

«¡PORQUOI FAIRE!...»

DEL LIBRO «EN VOZ BAJA»

por Amado Nervo

Por qué ir á otra estrella!
Qué veremos en ella!
Lucha, injusticia y llanto (si hay una humanidad)
paisajes semejantes á los deste planeta,
bellos cuando fingidos por mente de poeta,
pero tal vez monótonos, tristes en realidad!

Por qué ir á otra estrella!
Qué veremos en ella!
No te dará ninguna lo que buscando vas...
Todos esos planetas que al sabio maravillan,
qué son sino pedruscos que á la luz del sol brillan,
pedruscos nada más!

Por qué ir á otra estrella!
Qué veremos en ella!
Si en esta hay noches pródigas de tinieblas y horror,
suframos sin reproches,
poniendo en esas noches
la casta lucecita de nuestro viejo amor!

LETRAS ESPAÑOLAS

JUAN J. JIMÉNEZ: «ELEGÍAS: I; ELEGÍAS PURAS»
R.

por Andrés González Blanco

El exquisito poeta de *Jardines lejanos*, de quien he dicho ampliamente lo que pienso en mi libro *Los Contemporáneos*, nos brinda con un nuevo fruto de su sensibilidad hiperestésica. Hay en *Elegías puras* menos luna y más campo que en los libros anteriores. Para hablar en historia literaria, hay más *francisjammismo* y menos *laforguismo*, menos *dandysmo* lunar... La melancolía del poeta se desvanece en una suavidad de crepúsculo y de verso *frêle*, como los de Samain.

Dulces rosas de olor, que entre la hiedra verde
dais á la noche azul vuestra mustia elegancia;
cual la vuestra, la esencia de mi vida se pierde
en una noche triste de brisa y de fragancia...

Así dice el poeta en las estancias primeras de su libro. Su melancolía es una melancolía menos irritable, más plácida y dulce; antes era más bien hipocondría y ahora es melancolía á secas. A momentos, el autor siente emoción de lo alegre:

El Sol entra en mi vida por la ventana abierta,
de modo que el rosal se ilumina de flores,
y las rosas de oro, en la casa desierta,
cantan no sé qué angélicas sonatinas de amores.

(*Elegías puras*, III.)

Hay también aquí estrofas más rotundas, más sonoras, más



sonorizadas por las palabras polisilábicas. La música del verso es más polifónica.

¡Oh, campo! ¡oh, lecho puro! ¡oh, brisa estremecida!
¡oh, cielo azul y blanco! ¡oh, mágica pradera!
Yo bien quisiera echar el peso de mi vida
sobre vuestra dorada y eterna primavera...

(*Elegías puras, XXVII.*)

Hay menos monotonía rítmica que en anteriores volúmenes del poeta, donde apenas éste empleaba más que el romance octosilábico ó la cuarteta musical y alada. En este volumen, el gran elegíaco emplea un ritmo unánime y un metro idéntico; el alejandrino cortado por la mitad. Este metro tiene un especial sabor de elegancia y decoro clásicos. Su entonación es altiva, vibrante, española. El poeta lo ha escandado, no obstante, con toda galanura que lo hace ondular y retorcerse á su capricho... Infame invención ha sido la del clasicote rancio que dijo que alejandrino era verso frances. Español y muy español de alcornica es este metro, como se puede apreciar en el remoto *Poema de Alejandro*; más en estos últimos años ha tomado una cadencia francesa, que no anula su primitivo valor español. El alejandrino que emplea Juan R. Jiménez es tan armonioso y suave como podéis ver en esta estrofa:

Hoy cuando nada blanco ni nada dulce encuentro
entre esto blanco y dulce que miro suspirando
parece que estas rosas de nieve tienen dentro
unos ojos azules que me miran llorando.

(*Elegías puras, XXVI.*)

Advertid cómo el ritmo intenso intensifica la ya intensa emoción:

El mismo ritmo hace que en este libro haya más concisión y menos retórica que en los anteriores del poeta. Menos verbalismo y más sentimentalidad. Sobre todo, más poder sintético de expresión:

La humedad del jardín me refresca la pena
y mi ilusión se va por entre dulces rosas...

Temblo y frío. Tierra mojada. Sombra llena
de tierra y sombra. Flores de otoño. Olor á cosas idas...

(*Elegías puras*, XIV.)

¿No son también admirables de poder sintético estos dos versos:

no podré contener la sangre de mi herida
entre este regocijo dorado del estío?...

(*Elegías puras*, VIII.)

Nota Guyau, que los poetas anteriores, por ejemplo, los del siglo XVII usaban poco del ripio (*la cheville*) tal como lo entienden los modernos, es decir, de los *chevrons* colocados en el interior del verso para unir dos ideas muchas veces disparatadas. Entonces el punto débil era la rima bajo la forma de un epíteto ó de un sustantivo superfluos, encajados al final. Así ocurre con los malhadados poetastros españoles. Los condenados quizá no soldan el verso con ligaduras falsas, con trabas convencionales, aunque también lo hacen con frecuencia; pero no perdonan el correspondiente ripio final, remate desastroso de un verso á lo mejor sonoro y armónico *por dentro*.

La gran conquista de la poesía llamada modernista es haber trinfado del ripio final. El ripio interior todavía nos lo encajan algunos poetas nuevos. Pero el ripio final, jamás. Especialmente Juan R. Jiménez puede definirse como *el poeta en el cual todo ripio está abolido*.

Si sinfónicamente, este libro del autor de *Arias tristes* representa un adelanto en su obra, acreditándole de poeta experto en el manejo de la métrica castellana, ideológicamente representa un avance menor. Hay en este libro menos morbi-
dez psicológica y hay visiones de vida realista, que no tuvo en ningún otro volumen poético. Tal es ésta:

Esta cristalería celeste y este oro
de la luz de las casas, ¿qué dicen á mi vida?
Las rosas de la tarde oyen, rezando el coro
de los ángeles. ¡Angelus! Mi madre está dormida...

(*Ibidem*, VII).

En este libro hay más alegría y más rosas que en los anteriores. Dice el poeta:

Oh, rosas que, en la sombra del muro abandonado,
volvéis á abrir, llorando, vuestras sangrientas hojas,
volveos á abrir en mi corazón arruinado,
aunque os abráis de llanto, aunque os abráis de rojas!

La fragancia hace dulce la sombra, y yo he perdido
aquella claridad que me embelleció un día...
una rosa á mi alma es un beso al olvido,
rosas, sed galardón de mi melancolía!

Rosas de sangre, rosas de llanto, pero rosas
que evoquen, corazón, tu doliente realeza...
la ilusión, tornará, como las mariposas,
y me perfumaré mi lúgubre belleza!

(Ibidem, IV).

Hay también en este libro ráfagas de emoción española, visión de nuestra alma nacional.

El sol sufre. La tarde tiene una pena errante
sobre el jardín antiguo. Allá por la montaña
hay nubesuntuosas de oro y de diamantes
que evocan viejas glorias románticas de España.

(Ibidem, XVIII).

Y hay una exaltación de himno antiguo, una alegría apolínea, una reminiscencia de almas paganas y antiguas en aquellas estrofas emocionadas, urdidas sobre el canto de un ruiseñor:

Ruiseñor de la noche ¿qué lucero hecho trino,
qué rosa hecha armonía en tu garganta canta?
Pájaro de la luna, ¿de qué prado divino
es la fuente de cro que surte en tu garganta?

¿Es el raso del cielo lo que envuelve la urna
de tus joyas azules, temblorosas y bellas?
¿Llora en tu pecho un dios? ¿ó á qué antigua y nocturna?
primavera has robado tus aguas con estrellas?

(Ibidem, XXIII.)

Tiene al final del libro una nota de elegía, que deja la impresión última de un desconsolador pesimismo,—un pesimismo sin acritudes, sino dulce y bueno,—como podéis apreciar en estos versos:

Parece que no hay nada, ó que todo se ha ido...
no sé para qué intento soñar con otro día...
Quiera Dios que esta noche, cuando yo esté dormido,
corte la muerte el hilo de mi melancolía.

El oro de mi ocaso se ha puesto ya carmín,
no sé por qué ilusiono seguir en esta andanza...
Mi vida está en la senda doliente del jardín
y en el jardín de hoy se ha muerto la esperanza...

ARTURO GÓMEZ LOBO: *La literatura modernista*. — Ciudad Real, 1908.

Un nutrido folleto de buena doctrina y armoniosa sintáxis donde el autor reproduce un trabajo suyo premiado en un Certamen literario, celebrado en Ciudad Real el 21 de Agosto del año 1907. El autor estudia con amor y con conocimiento de causa la introducción en España de las nuevas corrientes literarias. Gómez Lobo demuestra que ha estudiado bien las causas y los antecedentes de esta evolución. Aunque la materia está ya bastante agotada, (por parte de críticos extranjeros, más que de los nacionales), Gómez Lobo aún encuentra modo de decir cosas justas y nuevas. Por ejemplo, la siguiente explicación del movimiento decadente: «La decadencia de la Francia, que es—como dice el joven crítico José Francés—*una nación gastada, senil, para quien todos los vicios son espirituales*; el cansancio abúlico de la raza latina; los despotismos de los Césares rusos que han determinado una grave revolución; las propias preocupaciones militaristas de los teutones; el mismo decaimiento peninsular español, han sido causa de la evolución modernista, comenzando esta interesante etapa, en la que tomará la vida artística una nueva dirección original.» (Páginas 34 y 35).

Una gran agudeza de visión crítica se puede apreciar en Arturo Gómez Lobo, en quien auguro un crítico de empuje si prosigue cultivando este campo. Una gran facilidad de asimilación y un exquisito gusto presiden á su obra. ¿Qué necesita un crítico á más de esto? Perspicacia; y esta cualidad la revela Gómez Lobo en intuiciones admirables como esta: «Las obras del arte nuevo tal vez no vivan eternamente en la recordación, como vivirá *El Quijote*, pero va en ellas toda la pesadumbre de la sociedad que las trae al mundo, con un fondo introspectivo y una forma musical, en las que ensambla, onatemáticamente nuestro espíritu». (Pag. 38). O como esta otra prodigiosa síntesis en que se resume su impresión sobre la influencia del modernismo en la síntesis castellana: «Cuando el modernismo se convierta de tendencia inconcreta en escuela artística, el idioma de Cervantes seguirá triunfando con un ligero trastorno de su fisonomía sintáctica». (Pág. 57). Claro es que hay algunas concesiones injustificadas á las tendencias artísticas particulares del autor. Por ejemplo, cuando dice: «Una literatura que no pone lo mejor de su alma en el espectáculo de los campos, en donde, por su influencia, se forman los hombres, muere como los pueblos que no tienen agua en que sosegar sus fiebres». (Pag. 49.) Yo amo como el que más las verdes campiñas; y, no obstante, creo que puede vivir una literatura sin campo, puesto que puede haber una literatura puramente *de interior* (como lo es esa gran literatura de los Países Bajos, de Moeterlinck y de Rodembach, que Arturo Gómez Lobo ama y exalta, según puede verse en otro pasaje de su libro); y aún puede existir una literatura solamente de fábricas, literatura puramente *maquinista*, como nuestra época. La literatura es espejo de toda la vida y no necesita constreñirse en la demarcada circunscripción de un bucalismo casi siempre bobalicón é inocente... Y sin que yo piense que el paisaje es deleznable, me inclino á pensar que se ha abusado del paisaje; y más que al campo, conviene mirar á la sima interior, donde todo lo exterior se refleja. Cuando Marco Aurelio paseaba con sus discípulos y alguno de éstos solía extasiarse ante la campiña, el maestro le daba un

suave empujón y le reprendía diciéndole: *¡Mírate á ti mismol...*

El folleto de Gómez Lobo está admirablemente coordinado, y el tema se desenvuelve limpio y sonoro como en una sinfonía. Comienza por hablar del arte en general y pasa á describir el fenómeno artístico de última hora en particular. Es el procedimiento de los grandes deductivos: descender de lo universal á lo particular. Luego nos da un haz de opiniones sobre el modernismo; algunas de ellas, duéleme decirlo, de señores hartamente deleznales, pues, salvo la genial Pardo Bazán y el intenso crítico musical Chavarri, ¿qué autoridad como críticos literarios tienen el abominable Max Nordau, el ácrata Ernesto Bark y dos señores más citados por Gómez Lobo. Nos habla después del origen y desarrollo de la escuela modernista, estudiándola primeramente en Inglaterra con Ruskin y los ruskinianos (cuyas modalidades artísticas, me permito indicar á Gómez Lobo, no pasaron á España sino muy veladas y confusas) y hace un bosquejo rápido de su incremento y auge en Francia, de donde pasó á España. Al estudio de este tránsito dedica Gómez Lobo un artículo especial, acabando su disertación con una admirable síntesis sobre *el modernismo y la síntesis castellana* y poniendo fin al sustancioso aunque breve folleto con su entusiasta epílogo, himno en honor de las nuevas tendencias...

Ahora, permítaseme á mí, crítico serio y ceñudo de ordinario, epilogar jovialmente á Gómez Lobo, con un diálogo de mi propia cosecha, resucitando á nuestros ya olvidados amigos Hilyco y Mórfico:

H.—Amigo Mórfico, explicadme lo que es eso del modernismo... Como vivo entre muertos, ignoro qué es, esa nueva escuela ni Valle-Inclán que la fundó...

M.—Alto ahí, amigo Hilyco, Valle-Inclán no fundó nada ni lleva trazas de ser fundador... Y sin embargo, hay en él algo del alma de Ignacio de Loyola ó de Juan de la Cruz. De haber nacido mujer y en el siglo XVI, hubiera renovado las reglas de la Orden Carmelitana y hoy sería prodigioso como Teresa de Jesús. Pero como no tiene el don del adivino Tiresias, de poder

cambiar de sexo á discreción, nunca fundaría, ni siquiera una abadía láica, pues nadie respondería al llamamiento...

H.—¿Quién fué, pues, el instaurador de esta escuela en España?... Yo me paso la vida leyendo las comedias de Alarcón y no sé lo que ocurre en este siglo...

M.—A propósito: ese Alarcón es uno de los más significados modernistas... Autor de *Moisés contemporáneo*, etc.;—unos cuantos dramas muy entretenidos y amenos...

H.—Me refería yo á don Juan Ruiz de, mexicano importado á España; el aludido por aquel epigrama:

¿Veis esa repugnante criatura,
chato, pelón, sin dientes, estevado?...

M.—Bien, Hylico; y por leer las comedias de don Juan Ruiz (yo prefiero los versos del otro don Juan Ruiz, el delicioso Arcipreste) ¿no os enteráis de lo que pasa á vuestro alrededor?...

H.—Sí me entero...; porque en España es difícil pasar sin enterarse de estas menudencias literarias. Vivimos como en familia. Entre todos lo sabemos todo ..

M.—Bien; ¿y qué pensáis sobre la introducción del modernismo en España? Decidme algo de esta psicogenia para unos alarmante y para otros encantadora. Haced la historia de la evolución de las nuevas corrientes y de la marcha progresiva que siguió el pensamiento artístico español desde 1898, cuando consumado el desastre colonial, agotadas las energías de la raza, perdida la fe en nuestra política de perdición, decaídos y exangües los espíritus, sentimos el temblor de un arte nuevo...

H.—Muchacho; no te encumbres, que todá afectación es mala, como solía decir Maese Pedro. El modernismo nació en España simplemente porque don Ruben Darío vino á darse un paseo por la antigua Metrópoli y deslumbró con la música nueva de sus versos; y sobre todo, porque vivió una temporada en la calle del Marqués de Santa Ana (antes Rubio), pared por medio de don Paco Villaespesa, que entonces comenzaba á versificar...

VENTURA GARCÍA CALDERÓN. — *Frívolamente...* — Garnier Hermanos, Editores. — París.

García Calderón es un aventajado discípulo literario de Gómez Carrillo. Creo que no le molestará este elogio, pues en varias ocasiones he exteriorizado mi sincera admiración al autor de «Maravillas». Bajo su oro de frivolidad hay oro de filosofía; bajo el manto de pedrería de su lenguaje hay una estatua bien formada, no un esqueleto descarnado... Ya en mis primeras «Conversaciones literarias» de «El nuevo Mercurio», y últimamente en una nota de la revista «Prometeo», he especificado la base de mi admiración hacia Gómez Carrillo. A mis solas suelo decirme, aludiendo al autor de «Bohemia sentimental», lo que Baudelaire dijo á propósito de Tomás de Quincey: «¡Ojalá se nos conserve ese agudo escritor, ese enfermo hechicero hasta en sus burlas, mucho más tiempo aún que el frágil Voltaire, de quien se ha dicho que empleó ochenta y cuatro años en morir!...»

Dios conserve muchos años la vida de Gómez Carrillo, más como está en el orden natural de la Creación el morir, para el día en que fenezca el espiritual cronista, ahí queda su Sosias espiritual, su espejo y semejanza, Ventura García Calderón, que podrá decir lo que Tennyson dijo de su amigo en su poema «In memoriam»:

Far off thou art, but ever nigh
Y have thee still and Y rejoice;
Y prosper, circled with thy voice:
Y shall not lose thee, thonsh Y die...

El primer hechizo de la obra de García Calderón, que él me dedica con temor injustificado—por ser yo crítico serio y erudito,—consiste en su prosa enojada y inoderna. Esta prosa artística la ha revelado precisamente Gómez Carrillo, el primer prosista artístico en lengua castellana. Para realizar esta labor, necesitaron estos innovadores descoyuntar un poco la rígida y anquilosada síntesis castellana. Como dice muy bien el anteriormente estudiado Gómez Lobo: «No es que venga á trocarse

el idioma en otro poco menos que desconocido, ó que la reforma toque á las lineaciones generales de su arquitectura. Lo que ocurre es un ligero cambio molecular, verdadera suplantación de células vivas por tejidos muertos». (*La literatura modernista*, pág. 56.)

«La historia de una lengua—escribe Remigio de Gourmont—no es más que la historia de sus deformaciones sucesivas, casi siempre monstruosas si se juzgan lógicamente». En esto han de estar conformes todos los autores, incluso Perogrullo. Porque el lenguaje es un organismo vivo, según la concepción de todos los filólogos modernos, de Schleicher para arriba; y los organismos vivos se renuevan, como han dicho todos los fisiólogos, desde Hipócrates hasta Metchnikoff. Sentidas estas premisas, es lógico deducir que el lenguaje puede transformarse y evolucionar. Mas como todo lo natural procede paulatinamente («*natura non facit saltus*») esta evolución ha de ser gradual, no violenta y brusca...

Un poco de brusquedad hubo en las primeras manifestaciones literarias del llamado «modernismo». Quizás por eso surgieron protestas del bando opuesto. No vieron los puristas «outranciers» más que la Gramática malferida y la sintaxis alterada. No pudieron apreciar la música nueva importada en el verso y en la prosa... Sólo vieron lesiones y desacatos á la tradición clásica, y no vieron el soplo ideal que alentaba estas innovaciones. Se les pudo decir con frase de la Escritura: «*Cruces vident; unctionem non vident...*» Así se ha creado esta prosa actual, ondulante, compleja, rica, de la cual Gómez Carrillo es uno de los más excelentes cultivadores. García Calderón sigue sus huellas y puede aplicársele el verso de Virgilio suprimiéndole la negación:

Sequitur patrem *non* passibus equis.

García Calderón sigue á su padre y maestro literario con pasos iguales y cadenciosos. Cultiva la prosa con no menos acierto que el autor de «*Vanidad de vanidades*». Esto no es decir que la prosa sea reminiscente de la prosa de Gómez Carri-

llo, sino que se siente su influencia... Las frases acarician, suaves y aterciopeladas; el ritmo corre fluido y sereno como una oda de Horacio.

«¿Es acaso discreto—se pregunta el autor en la sutil dedicatoria que me hace de su libro—enviar á un crítico grave este manojo de cosas frívolas?... Pero usted ha analizado á los poetas con manos ligeras y amorosas; y en mi libro tengo la pretensión de haber diluido un gramo de poesía...»

¿Cómo no ha de ser discreto? Acaso el gran don de la crítica ¿no es penetrar en distintas almas y suplantarse personalidades diversas? Un gran crítico no lo es plenamente si no posee el don inapreciable de revestirse de múltiples personalidades. Por esto yo sostengo y sostendré siempre con firmeza que un crítico es un poeta á su modo. Porque el gran poeta lírico es aquel que sabe vivir distintas vidas y buscar en diversas almas sin despojarse de la propia. Amiel se sentía poeta porque le parecía haber vivido distintas vidas, haber sido sucesivamente monje, guerrero, filósofo. Muchos siglos antes Empedocles de Akragas dijo en frase perturbadoramente lírica: «Yo he sido una vez muchacho, moza, planta, pájaro, y en el mar he vivido la vida muda de un pez». He aquí dos pensadores que, á través de los siglos, se comunicaban telepáticamente y se sentían poetas. Un poeta neto, un poeta sutil de nuestra torturada época, Amado Nervo, ha cantado así glosando, *peut-être sans le savoir*, la frase de Empedocles:

El mar es mi padre agosto... Deja, deja que recuerde
en los viejos episodios fui Tritón enamorado
de una joven oceánica oji-verde ..

¿Y cómo yo, que soy doblemente poeta, en mi cualidad de lírico y de crítico, no he de estimar las ofrendas que frívolamente hace al arte Ventura García Calderón? Hay cierta innata coquetería en todo escritor; y la frivolidad es más bien una postura gallarda. Hay más profundidad en su libro de lo que el mismo autor confiesa en su libro.

¿Es totalmente frívolo un libro que estudia amorosamente

á Joris Karl Huysmans, á Sully Prudhomme poeta y al inquietante Laurent Tailhade? No hay más que una frivolidad aparente, que encubre un fondo de estudio y de reflexión. Muchas veces la frivolidad brota de la esceptisis; y mi escepticismo *actetaléptico* conduce con facilidad á una *ligereza razonada*. Si no lo hubiesen sostenido sus graves estudios de erudición é historia eclesiástica, Renan hubiera estado á punto de caer en ese escepticismo que se compone de mucha amargura y se traduce en mucha frivolidad. Por fortuna, Renan, como todos los grandes pensadores, se acogió á esa otra forma de escepticismo, á ese escepticismo activo «que intenta constantemente sobrepujarse á sí mismo y trata de llegar á la certidumbre relativa por una experiencia razonada», como ha dicho Goethe. (*Máximas y reflexiones*, cap. VII).

París, esa gran alcoba de «cocotte», puede inocularse fácilmente esa «ligereza razonada» de que se han contagiado allí hasta los más austeros filósofos. No es extraño que el señor García Calderón no se sustraiga al ambiente. Ve la vida con ojos de joven, que es como verla con ojos de amor. ¿Quiere decir esto que la vea con superficialidad? La juventud es el talismán, el «divino tesoro»; y la juventud, que infunde amor á todas las cosas, da más clarividencia que un sistema de filosofía. Un buen poeta francés actual, Eduardo Ducoté, ha dicho (*Le Songe de une nuit de doute; Voyages*, XV):

On dit que tu es aveugle,
Amour, dont les jugements
á l'insolance joyeuse
dementent
la sagesse rossise et le commun bon sens!...
Amour, qu'on te calomnie!
Et combien est-il aveugle
le sage prétendu qui juge sans aimer!
Tu es plus clairvoyant que lui...

Ventura García Calderón es un amoroso de la emoción y del estilo. En su libro hay matices diversos de lenguaje y de sensibilidad. Lo mismo maneja el diálogo alado y teatral, como en

su crónica «El terrible atentado», como escribe epístolas sonoras á Santa Teresa de Jesús, donde se dicen ciertas verdades á Catulle Mendés, pero donde quisiera yo ver más comprensión de españolismo, menos concesión á las disparatadas fantasías del dramaturgo... Lo mismo reseña «Un día de vernissage», que tiene poco relieve para un libro, como diserta admirablemente sobre esa cierta pereza divina que ha contado Schlegel, en su artículo «Vagando». Bellos conceptos arranca á García Calderón «La alegría francesa y el Salón de Humoristas». García Calderón no se limita á estudiar este caso particular, sino que se remonta á lo universal, y divaga amenamente sobre la alegría en general. «Ironías» es uno de los más profundos artículos del libro. «No conozco mejor ironista que la vida misma —dice García Calderón. El espectáculo del mundo parece organizado por un director de «marionnettes» que fuese unas veces malvado y bribón como Mefistófeles, otras enigmático loco como Hamlet, otras alegre y cascabelante como Pierrot. Al lado de la tragedia cruel, del drama sarcástico, ofrece con frecuencia dulces comedias que hacen reir con esa risa entera, sana, sonora, de los buenos tiempos infantiles.» Quien escribe estas reflexiones sagaces, no es un simple cronista lleno de frivolidad. Además, ¡bendita sea la frivolidad si es cantada con las frases musicales con que la canta García Calderón en la dedicatoria de su libro á Carlos Zavala Loaisa! «He abierto bazar de frivolidades. En él fraternizan coronas fúnebres con rosadas muñecas. Por eso este libro parece una funambulesca lotería de Navidad. Verás suceder en la tómbola crespiones ó serpentinatas. Después del gesto mimoso de Collette Willy, la triste sonrisa de Sully Prudhomme... Cuando digo tristezas, exagero. De todo se me puede tachar menos de grave. Conservo desde niño un pueril miedo á esos hombres serios que pasean ostensiblemente por la vida su aburrimiento como una condecoración entre burgueses.» ¡Qué bellamente dice García Calderón todo cuanto quiere decir! Si así es la frivolidad, si tan filosóficamente se expresa la ligereza, me abrazo á ellas, en ellas me sumerjo y digo: ¡lo que Leopardi al cantar lo Infinito:

...Cosí tra questa
immensità s' annega il pensier mío:
e il naufragar m' e dolce in questo mare.

Por que la frivolidad así entendida, es mi océano de profundidad y el no tener ninguna filosofía y gloriarse de ello es el último sistema filosófico. Por eso en vano nos dice García Calderón: «Presentes ó invisibles, rostros de mujer sonríen siempre en esta feria de frivolidades que es mi libro. Tras la muñeca dibujada aquí con sorna, los mohines petulantes de otras muñecas, dibujaré—literatas artistas ó simplemente mujeres—quienes presten á mi prosa vulgar un ápice de su gracia leve y aleve. Sólo ellas me interesan. Para sorprender el secreto de su feminidad leí los libros en que confesaron sus almas y sus toilettes. Desde entonces odié toda filosofía, porque Nietzsche había hecho llorar á la pequeña condesa de Noailles—una adorable parisién nacida rumana por equívoco. Aborrecí toda literatura porque envenena á estas cabecitas de gorrión con el cuidado grave de ajustar rimas ó adjetivos ó llorar ausentes quimeras, en vez de inventar peinados ó fantasear imposibles arquitecturas de plumas. Como que un día, sólo las modistillas y los gorrones no sean retóricos en París: en este libro he dado mi protesta con sonrisas.»

No es tan enemigo de la honda filosofía quien sabe hablar-nos de la muerte y glosa con cariño de discípulo á Renan en su artículo *Dos de Noviembre*. (Aparte de que haya en él una inexactitud como la de suponer que los masones llaman á Dios «el Gran Químico del Universo». (¿No será el gran arquitecto?) Tampoco es tan iliterato como coquetamente pretende quien diserta de un modo elocuente y sutil, como lo haría un Emilio Faguet, sobre las *Cartas de Maupassant*. Literato de enjundia, letrado, como antaño se decía, más gráficamente, es quien ha escrito esas disquisiciones. Poco importa que por *pose* llame «jerga» al lenguaje de Kant. En el fondo, García Calderón es un preocupado de todos los problemas; y yo tengo la seguridad de que si lee á Kant por segunda vez, revistiéndose de cierta paciencia, encuentra su estilo hasta artístico.

Artísticamente, lo más bello de su libro con los artículos dedicados á la estatua de Flaubert—*El Tío Gustavo*— y á *Salomé, impura, virginal y fatídica*. El primero es un artículo delicioso de humorismo, donde se hace hablar ante la estatua. Del Grande hombre alternativamente [á Homais, á Bouvard y á Pecuchet, proclamando su venganza.—El otro artículo es un himno peánico á Salomé «¡vaso de lujuria, torre de fuego, refugio de pecadores!...»

Creo que Ventura García Calderón ha de ser hermano de Francisco García Calderón, sutil y culto crítico peruano que se me reveló como tal en artículos de *El Nuevo Mercurio*, y á quien cito y comento profusamente en mi estudio sobre Chocano, en la segunda serie de *Los Contemporáneos*, próxima á aparecer en la misma casa editorial de Garnier Hermanos que ha editado *Frívolamente*... Si así es, en su hermano tiene Ventura García Calderón el complemento de su personalidad. Por un lado, la frivolidad parisina, la gracia salada de los escritores franceses, esos atenienses modernos, como se les ha llamado; por otro lado, la densa cultura, la sólida reflexión, la sagacidad escrutadora... que también se aprenden en Atenas.

Enrique Fernández Gutiérrez: *Cascabeles de oro*; Poesías; Madrid, 1909.

He aquí un bello libro de poesías, que, sin entrar dentro de la corriente modernista por su aspecto técnico, es intrínsecamente modernista. El autor paga tributo al verso tradicional y castizo y no adopta ninguna de las formas preferidas por los poetas nuevos. Esquiva el alejandrino y el verso de nueve sílabas y no descoyunta su métrica. Su verso es medurado y correcto.

Líricamente, podemos decir que el poeta está influido por Becquer y por Eulogio Florentino Sanz. Cultiva admirablemente la nota doliente, elegíaca, que canta las desdichas de un pobre amor... En suma, el arpa de Becquer, por su dueño tal vez olvidada, y descolgada otra vez... Léanse las composiciones: *¡Firmeza!* y *Tres años después*, que son especialmente sig-

nificativas. Por a entonación rítmica, las poesías de Fernández Gutiérrez se asimilan á las de Vicente Medina. Cultiva con especial placer y con bastante acierto la silva asonantada. Léanse como ejemplo estas estrofas:

Nunca lo creería,
pero lo estoy viendo
y aunque mi alma se obstine en negarlo,
á la fuerza, no hay más que creerlo.

Como ya no me quieres ¡ingratal
me has pedido te dé tus cabellos,
jaquel mechoncito de hebritas doradas
que me diste de amor en recuerdo!...

Hay reminiscencias campoamorianas en la poesía «Las esposas de Cristo». También hay cierto campoamorismo en «Ironías», pitiminís líricos, si se me permite la expresión. «Para siempre» y «A su lado» son dos menudencias elegíacas, de acentuado sabor becqueriano.

Esto no quiere decir que el señor Fernández Gutiérrez no cultive otra nota que la amorosa. A pesar del tono dominante en este libro —estrictamente subjetivo y lírica (supongo que habrá mayor objetividad en el libro anterior del autor: «La antigua Roma»); Sonetos, (que no conozco), hay hermosos sonetos parnasianos, como «La Lujuria», y «Joyerero». «Appasionata» es la composición más modernista del libro, la que tiene el eco de las cadencias nuevas... Hay también lindos madrigales, como «El poema de sus ojos», «Luciérnaga», «Después de luz de luna» y «Madrigal». «Evocación» es una hermosa composición en endecasílabos:

Yo vivía adorándola, adorándola,
como el Sol los paganos de otros tiempos;
y vivía prendado de sus ojos,
de sus labios, su tez y sus cabellos...

«Amor es mal» es la poesía más perfecta rítmicamente del libro. Hay en ella hallazgos de estrofas como estas:

...y canta un viejo de barba blanca,
con voz que suena como el cristal:
—Amando mucho, fuí desdichado;
Amor es mal.

Sus ojos negros traición me hacían;
eran sus brazos fuerte dogal;
y amor mintieron sus finos labios;
Amor es mal.

...Los ojos claros del pobre viejo
tienen dulzura de pastoral,
y se entristece siempre que canta:
Amor es mal.

¿Qué es?... ¿dónde? es una composición en romance octosílabo, la más interesante del libro por el arranque filosófico que tiene. Se trata el artístico motivo de «las almas gemelas». Hasta la nota epigramática da el señor Fernández Gutiérrez en su libro. Léase su cuarteta á una «Demi-vierge». Algún ripio de gravedad hay en su obra; como estos escogidos en la composición que finaliza el libro: «Mi risa»:

y cueste lo que cueste, allá mi risa
va arrollándolo todo; quizás frisa
en alud, en torrente,
para alejar de sí lo inconveniente

Purgado de estos defectos de ripio—alguno más hay en la obra que pasa por alto—el señor Fernández Gutiérrez puede llegar á ser un estimable poeta. *Cascabeles de oro* lleva una magnífica portada (almas errantes frente á un mar latino que surcan blancas velas) y un bello reverso (retrato del autor con entonación de ensueño); obra del exquisito pintor y escultor Julio Antonio, que hasta en su nombre lleva reminiscencias de la gloriosa época del Renacimiento...

J. GARCÍA VELA.—*Hogares humildes* (Poesías) —Gregorio Pueyo, Madrid,—1909.

Ante todo, este libro representa una tendencia al arte rústico y regional que va acrecentándose de algún tiempo á esta parte. En prosa son representantes de esa tendencia el *ruralismo* (descontando á los maestros como Valle-Inclán, ya ungidos con el óleo pontifical), los dos cuentistas premiados en el concurso último de *El Liberal*: Javier Valcárcel y Prudencio Canitrot. Pocas veces un jurado habrá distribuido con tanta equidad la justicia. Valcárcel es un atormentado del estilo y un amante fervoroso de la evocación regional. Canitrot, quizás más culto que aquel, pues bajo sus trabajos puramente literarios se divisa al hombre leído y conocedor de los secretos que brindan la Arqueología y la Historia,—no menos laborioso artífice del lenguaje, ha evocado en cuentos é impresiones (reducidos en número, pero muy valiosos y que deseamos ver pronto reunidos en volumen), toda la mimosa gracia de la tierra gallega, añadiendo el poder emotivo de su prosa jugosa y limpia el encanto de la expresión dialectal, admirablemente transcrita en los diálogos. Tanto de Canitrot como de Valcárcel esperamos lozanos frutos en futuras cosechas, cuando tiemblen los granos de oro en la vid pomposa...

En la poesía se inicia este *encaminamiento* hacia la emoción rural. *Hogares humildes*,—en su primera parte, en la que da nombre al libro, y en la que mi gusto artístico prefiere y mi instinto crítico exalta más, por eliminación, representa esta tendencia ruralista que canta los encantos de la tierra más bien que sus glorias históricas y legendarias;—en lo cual se diferencia de la poesía regionalista de Cataluña.

García Vela canta la poesía del hogar humilde y de la tierra amorosa. En su poema *Ante todo lo amado*, el más perfecto y sugestivo de su libro, hay unas enternecidas estrofas que dicen:

¿Qué emoción en mi alma sentí al mirar los nidos
de barro, que ya viera en mi clara niñez?

¿Qué recuerdos surgieron lejanos y perdidos?
¿Acaso yo hice un crimen horrendo alguna vez?

Yo de niño admiraba estos nidos caseros
que tenían un suave misterio de pasión.
Colgados de los tristes y caducos aleros
imitaban la forma de escudo ó corazón.

¿Qué misterio encontraban dentro las golondrinas?
¿Qué encantos; qué dulzura; qué ternura y tibieza?
Allí estarían sus lechos, y en las almohadas finas
acaso la menuda huella de su cabeza.

Yo miraba estos nidos como cosas sagradas,
como objetos antiguos de la casa, de igual
manera que esos cuadros, viejos, ó esas talladas
cornucopias de aspecto dulce y sentimental.

Y sabía que estaban vedados á mis manos;
que el abuelo cuidaba las negras golondrinas
del mismo modo que los sazonados granos,
ó la ternera nueva, ó las suaves gallinas.

Y yo me figuraba que eran los nidos cosa
de campo, de cosecha; frutos para el Enero
que se conservan entre la ropa, la olorosa
ropa blanca que aroma de pureza el ropero.

...Son las pequeñas cosas que vemos en los días
de la niñez; que dejan para tiempos lejanos
inefables perfumes, y en las melancolías,
como bálsamo, ponen el calor de sus manos.

Son las pequeñas cosas que hay en nuestros hogares.
tal un azul florero sobre un viejo piano;
tal un retrato antiguo de mujer, con collares
de coral sobre el pecho y una rosa en la mano.

Son las pequeñas cosas que huelen á familia
y que contemplan nuestra vida llenas de amor,
y que nos acompañan en la triste vigilia
de la noche...

Estas cosas tienen nuestro calor,
y saben nuestros nombres, y conocen los pasos

que vienen por el largo pasillo de la casa.
Rieron con nosotros en los días escasos
de alegría, y lloraron la tristeza no escasa.

¿Cómo no amar los nidos de barro, si me dieron
una ciencia aromática de todo lo vivido?

¿Cómo no amarlos, si ellos en mi alma pusieron
un calor de ventura, de bondad y de nido?

...Al llegar á esta casa de mis antepasados
hubiese yo sentido frialdad y dolor
si encontrara estos nidos fríos y abandonados,
igual que corazones huecos, faltos de amor.

Este hermoso poema, desenvuelto en tan ondulados y armónicos endecasílabos, bastaría para dar personalidad á un poeta, definiéndolo como poeta de la vida humilde y del sereno amor al hogar.

Pero García Vela tiene una personalidad múltiple y compleja y no se satisface con que su lira tenga una sola cuerda flébil y suspirante. El debe decir como el sutil Verlaine:

Et mon âme et mon cœur en delire
ne sont plus qu'une espèce d'œil double
sú tremblote á travers un jour trouble
la ariette, hélas !de toutes lyres!...

El mismo poeta que escribe el hermoso poema que he transcrito, tan ingénuo, tan emanado de la tierra, tan oloroso á infancia y á prado, húmedo de Asturias, es el que escribe aquellas cerebrales y retorcidas estrofas de *Madrigal de Agosto*:

Detén tu mano blanca, ¡Oh Luisa, oh Luisa!,
por amor de las rosas, por amor
de la brisa.

Tan incendiado está el rosal en flor
como tu corazón en los licores
del amor.

Ya se adivina qué acierto tiene el poeta para escoger metros. Primores técnicos de estos los prodiga en su libro García

Vela. Y el mismo sencillo poeta que ha compuesto las estancias de *La Ciudad cercana*, que tiene reminiscencias de procedimiento del poeta Juan R. Jiménez, como podéis ver:

El divino momento
del crepúsculo avanza.
El ambiente es de lluvia.
Las esquilas sagradas,
en la tarde sonando,
nos inundan de lágrimas.
Ha venido mi novia,
que no es rubia y es blanca,
á esta aldea.... (Yo enfermo:
la ciudad muy cercana);

este poeta es el mismo que canta las complicadas sutilezas de un alma moderna en *Cantos de mi sangre*:

Mi juventud y mis amores
fueron estrellas de alegría.
Soy ejipán entre estas flores.
Besos y sol de Mediodía!
El cielo azul manso y supremo
respira un hálito vital.
Debo pensar en polifemo
desnudo en un cañaveral.

Los metros breves, como el octosílabo de cuarteto aconsonantado y el verso de nueve sílabas, [son los que García Vela maneja con más soltura y agilidad. De ellos tiene muchas poesías su libro. Y el gran encanto—lo repito—es una gran simplicidad unida á una complicación casi dolorosa. Por ejemplo, comparad estas estrofas (*Si mi juventud volviera*); tan corrientes y claras como aguas cristalinas:

Primavera que das rosas
en el jardín señorial,
rosas frescas y armoniosas
con reflejos de cristal,

rosas que parecen llamas
de mejillas ruborosas,
dame algo de lo que amas
y pónme junto á tus rosas;

con estas otras tan sugestivas, tan post-verleniana, tan acusadoras de un poeta de cultura superpuesto al poeta nativo:

El otoño es rubicundo
efebo, que ríe y bebe
y come... Fuera fecundo,
pero á engendrar no se atreve.

Ante las carnes rosadas
de las hembras se alborota
en sonoras carcajadas
de nabab zafio, de idiota...

...Otoño grotesco cubre
su testa con una col.
Son bacanales de Octubre.
Otoño es un sapo al sol.

La parte del libro de García Vela más perfecta y armoniosa, me parece la primera parte, la que contiene los tres poemas vastos, de aliento: *Hogares humildes*, *Ante todo lo añado y Vetusta*. En la parte segunda del libro, titulada Poemas, merecen recordarse todos los que hemos indicado ya. En la parte *Lira*, final del libro, hay composiciones bellísimas. Algunas tan filosóficas y henchidas de hondo pensamiento, ultra-espiritualista, como *Tarde gris*, del cual es esta estrofa:

¡Ojos fríos, brillantes, que os detenéis en una
hoja muerta, que está próxima á desprenderse
sobre las azuladas aguas de la laguna!
¡Almas que se separan antes de conocerse!

Algunas tan ingénuas y enternecidas como *Hoy*, un acabado soneto. Otras tan sumamente refinadas y con sabor á ritmo «rubendariesco», como *Port-Stanley*:

Este pequeño número de señores ingleses
que le pueblan, se ocupan en cuidar los vellones
de millones de ovejas; y á su vez estas reses
dan un bello producto que se cuenta en millones.

Desde Londres alguna magna Casa de Banca
manda un barco repleto de libras esterlinas.

Allá se le recibe con pechera muy blanca,
con monoclo luciente, con maneras muy finas.

Los edificios, todos de un estilo escocés,
se alzan equidistantes entre jardines raros.
Se cuentan facilmente. La mayoría es
de una blancura tal como el mármol de Paros.

Port-Stanley me causa una extraña emoción,
con sus escasos hombres de musculosos tercios,
sus mujeres que apenas saben del corazón,
sus calles que carecen de aceras y comercios.

Quien ha escrito estas estrofas tan sugestivas, bien puede ser
graduado de buen poeta. Desde provincias, García Vela ha he-
cho labor más intensa que muchos residentes en Madrid. Una
vez más viene á tierra la doctrina del centralismo literario que
alguien ha querido imponer. Esperamos con ansiedad «Las huela-
llas de los muertos», próximo volumen de poesías del autor.

EMILIANO RAMÍREZ ANGEL. — *Cabalgata de horas*. — Ma-
drid. — 1909.

¡Ahora sí que la frivolidad se ha tornado profunda!... Por-
que la frivolidad de Gómez Carrillo y de García Calderón es la
frivolidad de un pueblo que goza y ríe y toma la vida por el la-
do jovial. Francia es el país para el cual las uñas limpias, una
media bien estirada y el bolsillo lleno de dinero constituye la
felicidad... La frivolidad de Ramírez Angel es la frivolidad es-
céptica y encubierta de amargura de un pueblo que ha vivido
mucho... No es la frivolidad malsana y jaranera de los liberti-
nos; es la frivolidad «subrayada» de los pensadores amargados
por la vida... Gómez Carrillo ha podido escribir un libro titula-

do. «Del amor, del dolor y del vicio». Del vicio sobre todo, como dijo doña Emilia Pardo Bazán. Del amor, poco; únicamente del amor morboso... Del dolor, casi nada...

En cambio, Ramírez Angel, ha podido escribir una divagación con este título de humorismo macabro: «Del bulevar, del tute y de la muerte». ¿No adivináis en este título toda el alma sombría y trágica de Castilla? La España Negra, de Emilio Verhaeren. ¿Qué asociación de ideas absurdas hizo á Ramírez Angel reunir esos tres sustantivos antitéticos?... El bulevar, el tute y la muerte... ¡Todo un compendio de psicología colectiva española, sin las enfadosas subdivisiones y los enojosos esquemas de los tratadistas de «volkerpsychologie»!... Del bulevar, del tute y de la muerte; es decir, todo lo que flota en el ambiente, todo lo que encarna en el «substratum» de la raza.

Se ha comparado á Ramírez Angel con Mesonero Romanos (razonó y expuso la comparación el sutil José Francés) y con Larra, á quien ha evocado el culto y refinado Gómez de la Serna, al disertar muy artísticamente sobre *Cabalgata de horas*. Los arranciados, los dómines, los alabarderos del tesoro nacional, se enfadan de estas apreciaciones y similitudes. ¿Por qué? Porque les parecen desmesuradas é incongruentes. Según ellos acusa irreverente desdén á la memoria del autor de «Escenas matritenses», compararlo con el autor de «Madrid sentimental», un muchacho recién iniciado en las lides literarias. ¡Donoso enfado! ¡Como si Mesonero Romanos nunca hubiera sido joven y bisoño en las lides artísticas! ¡Como si la consagración de un escritor se elaborase por arte mágica y de repente, y no lenta y gradualmente, como el agua que horada la peña! ¡Como si de Mesonero Romanos y de Larra acá no hubiésemos ganado mucho en ductilidad del idioma y en refinamiento de la sensación! Positivamente, Ramírez Angel, escribe así como mil veces mejor (y sólo un cretino puede calificar esto de herejía literaria) que Mesonero Romanos y que Larra, no porque él tenga más ó menos talento que los susodichos señores — que eso sería ya cuestión opinable, y sobre todo, cuestión de aritmética, de pesar

y medir los lóbulos cerebrales y la masa encefálica de todos ellos,--sino porque, naturalmente, para algo vive más de medio siglo después de ambos artistas. La experiencia social y nacional adquirida (que hay experiencia colectiva como hay experiencia individual), la cultura acumulada, dan mayor cultivo del léxico y conocen mejor la gama de la sensación... y la pulsan con más destreza. Hay, sin duda, una transmisión cerebral que se realiza de padres á hijos; pero estos tienen la misión de cumplir como buenos albaceas, acrecentando la herencia que han recibido de sus ascendientes.

Quedamos, pues, en que la madrileñería en el arte, la nota pícara, jugosa y á la vez amarga de este deleitoso pueblo de Madrid, es lo que ha resucitado Ramírez Angel en sus libros, especialmente [en *Madrid sentimental* y *Cabalgata de horas*. Después de Larra, después de Mesonero Romanos, el historiador del arte madrileño (del arte literario) habrá de hacer un espacio vacío hasta llegar á Ramírez Angel. Aquí la madrileñería, con su garbo y su sal, entra de nuevo en el arte literario, remojándolo con elixir de larga vida. Si fuese este el mérito de Ramírez Angel, sería bastante por sí solo para consagrar una personalidad. Dígase lo que se diga, existe una matemática de las generaciones; y especialmente en arte, las influencias, impregnaciones y transmisiones recíprocas que nunca se rompe. Ramírez Angel recoge la palpitación de la raza en este Madrid complejo é inquietante y la transmite á sus contemporáneos, como la transmitieron á los suyos Larra y *El curioso parlante*. En el fondo, en la médula sustantifica, como diría Rabelais, Madrid no ha cambiado. La exterioridad es muy diversa; la corteza se ha pulimentado; pero el meollo es el mismo. Hay automóviles, electricidad y neurastenia; eso es todo lo que hay de más.

Ramírez Angel ha cantado con preferencia el Madrid de los veinte años, el Madrid que aparece sentimental y luminoso á nuestros ojos ilusionados de jóvenes; el Madrid que no tiene amarguras ni dolores, sino risas locas de modistas coquetas, y guiños de pecadoras perfumadas... Este es el Madrid sentimen-

tal. En *Cabalgata de horas*, este Madrid ya se ve á cierta distancia, á la distancia de cinco años,—el primero es un libro hecho á los veinte, el segundo á los veinticinco; — y aparece un Madrid donde ya el dolor se crispa bajo la carcajada y la desilución aletea sobre las frentes un poco cansadas de tanto pensar en las nenas bonitas... La nota final de este libro es pesimista. *Epílogo desolado*... No es porque Madrid haya variado de aspecto; Madrid es exactamente lo mismo; un pueblo ingenuo, crédulo, jovial y un poco sentimental en los hondones del alma. Es por aquello tan resabido de que

todo espectáculo está
dentro del espectador;

ó por el no menos socorrido verso:

todo es según el color
del cristal con que se mira...

Se sospecha que el autor ha adquirido una experiencia vital; y como adquirir experiencia vale tanto como adquirir pesimismo, el autor se halla desconsolado. Su Enrique, el héroe... relativo de *Cabalgata de horas*, es un hombre verdaderamente amargado de la vida. Es «un pobre hombre», como lo somos todos. Unos ponemos encima más capas de hipocresía, de ficción, una máscara de alegría ó de impasibilidad, una exterioridad radiante de hombres mundanos y que toman la vida por el lado bello, y resulta que nuestra periferia es más resplandeciente; pero en la íntima entraña todos somos unos pobres hombres. En ese sentido, Enrique es, sin dejar de ser un misero oficinista, *á representative man*, como diría Emerson.

Aunque él conoce las oficialas de Madame Julie y de Madame Amelie y ha sido (¡aún reminiscencias de don Juan!) *gallardo y calavera*. También se adivina que está dolorido del vivir. Y como no es un imposible y no ha leído á Alfredo de Vigny, ni á ningún otro poeta parnasiano y olímpico, que le hubiera aconsejado el silencio como *crítica de la vida* y que le hubiera dicho:

...*Les forts douleurs*
ignorent les sanglots, les soupirs et les pleurs;

el pobre Enrique expresa su dolor mal contenido en sollozos, suspiros y llantos.

Y llora tan sentidamente como un poeta elegíaco (esos elegíacos que son unos canallas, según Leconte de Lisle) en *El cortejo de los adioses*, — un desfile ó teoría (como hubiéramos dicho ha cinco años, cuando todos éramos genios con melena), de figuras ideales; y ruje como un novelista de esos fuertes é intensos que nos llegan á lo hondo en su primera divagación: *En familia*; y sobre todo, en la memorable divagación, — obra de antología, — titalada *Yo, también, gallardo y calavera*, cuyo final deja un regusto más ácido que las más destempladas prédicas del huraño autor de *La voluntad en la Naturaleza*; y solloza trémulo y balbuciente, como un niño vicioso, en la divagación cuarta: *No pido el pañuelito*, la más lírica dentro del tomo elegíaco predominante; ó suspira dulcemente como en «un aire suave de pausados giros», hablando de *Georgina, que pasa...* que ha pasado ya, — y por eso el dejo es un poco más triste; y por fin, se retuerce en convulsiones de dolor, debilitado por la perspectiva de la paz, en el *Epílogo desolado*.

¿No hay, sin embargo, en este libro, como en *Madrid sentimental*, alegría madrileña, frivolidad picante y chulona, donosura de maja de Lavapiés? La hay indudablemente. Claro es que en *Madrid sentimental* había más optimismo de juventud, más fragancia de ideal buscado y aun sin encontrar, que nos perfuma el alma y nos lleva palabras bonitas á la boca... A los veinte años siempre hay algo de aquel optimismo delirante é inconsciente, de aquella *embriaguez dionisiaca*, de aquella alegría orgánica que hizo cantar á Alfredo de Musset:

Aimer n'importe quoi, c'est un peu de folie...
 Qui nous rapportera le bouquet d'Ophelie
 de la rive inconnue où nos flots l'ont laissé?...

Para recordar algo de su embriaguez primera, Ramírez Angel pone aquí una nota de *bonhomie* un poco escéptica, de jovialidad burlona. Es un intermezzo cómico-lírico, la bellísima divagación tercera, que se titula así: *Elogio de los cines, de la primavera, de los bocadillos, de los aniversarios*. Los lectores de REVISTA CRÍTICA conocen precisamente este capítulo, que yo estrecho contra mi corazón por su belleza; y eso me exime de todo elogio. Los versículos bíblicos en que se canta la alegría del fragante Abril, — en complicidad con la Semana Santa, — son de un perfume evocador, tan intenso y tan dulce y á la vez de un humorismo tan acre, que llegan al alma... Para mí esos versículos constituyen una de las mayores bellezas que esmaltan el libro de Ramírez Angel.

¡Tal libro está escrito en una prosa tan bella!... ¡Demonio de prosa! ¡Qué bonita es la condenada!... Es turbadora y hechicera y ondulante como un traje de novia... Es una prosa que está en continua guerra con la poesía. A momentos parece que el poeta va á sacar el pecho fuera, — como el Tajo, su padre río natal, — y á prorrumpir en himnos líricos... Hay fragmentos de prosa en ese libro que ya están confinando por su musicalidad con las más inquietantes rimas modernas. La prosa de Ramírez Angel, á ratos trivial, y casi diré «casera», como acomodada al asunto, toma á veces un vuelo tan alto y un arranque tan giganteo que nos parece oír á un viejo poeta egipcio: «Majora canamus...» Y si la prosa de Ramírez Angel está decorada con este lustre aristocrático, siendo á momentos (cuando conviene) vulgar y aún chabacana, sin llegar jamás á la zafiedad, es porque esta frase representa un esfuerzo hacia la expresión suprema, que es la «expresión rítmica», correspondiente á la exaltación lírica ó á la emoción elegíaca. Toda prosa moderna es un tránsito de la «lógica menor» á la «lógica mayor». La expresión más lógica es la expresión rítmica; pero su logicismo es alquitarado y razonado, no el logicismo ramplón y trivial y esta «lógica superior» brota como todas las cosas, de la contienda como dijo el viejo Heráclito. «Porque esta es una amable é interrumpida

guerra con la poesía. Todo el encanto de la prosa consiste en escapar á la poesía y en contradecirla.

Toda abstracción exige ser [recitada con voz gangosa, como una jugarreta hecha á la poesía. Cada sequedad, cada frialdad debe excitar una desesperación amable en la amable diosa... Hay así mil placeres bélicos, propios de la lucha, sin olvidar las derrotas de esos placeres nada saben las personas desprovistas de poesía; «los que se llaman hombres prosaicos: por eso escriben y hablan en mala prosa» La guerra es la madre de todas las buenas cosas; la guerra es también la madre de toda buena prosa.» (Nietzsche: «La Gaya Scienza», lib. I. S. R.)

Hallazgos de expresión, hallazgos de humorismo, hallazgos de emoción, hasta hallazgos de ideologías, los encontraréis á millaradas en las obras de Ramírez Angel. Sin que él alardee de pensador ni aspire á individuo de la Academia de Ciencias Morales y Políticas por sus reflexiones eudemonológicas y sociológicas, Emiliano Ramírez Angel tiene atisbos admirables en este orden. Como sus asuntos son muy vividos, naturalmente se siente arrastrado hacia la meditación. Y la filosofía no es más que una meditación sobre la vida y sobre la muerte... Sobre la vida y sobre la muerte diserta largamente—bien que á veces lo haga entre líneas,—Ramírez Angel, que está todo lo distante que puede estar un hombre del odioso tipo del literato profesional, todo entregado al placer de pulir párrafos, viviendo solamente para sus libros... Ramírez Angel es un muchacho joven, que, á pesar de sus veinticinco años escasos, ha vivido mucho;—con la relativa «macrobiosis» que puede desarrollarse en el ambiente reducido de Madrid... Y sobre todo ha vivido intensamente, que es lo importante. Nunca se cansará uno de repetir que la vida puede ser poco extensa y ser, no obstante, intensa en sumo grado; que todo está dentro de nosotros; que dos hombres reciben la misma cantidad de vida, en un periodo determinado de tiempo igual y pueden utilizarla «para uso interno» con muy distintos resultados, que tal hombre descendió niño á la tumba después de cumplir los ochenta años, y tal otro

murió siendo un anciano por la intensidad de vida á la edad en que mueren los amados de los dioses; que la vida es una cosa íntima, que moldeamos nosotros á capricho: y otras perogrulladas por el estilo;—perogrulladas que aún no han llegado á comprender los que aún andan cantándole coplas á la vida, como si fuese una buena moza;—á la vida así en abstracto, «en vago»; lo cual es muy extraño en seres tan empíricos y concretos como son los amigos de «vivir la vida...»

Más aún desde el punto de vista de estos mentecatos, que hablan de la vida «de memoria», Ramírez Angel ha vivido y puede decir con holgura aquel verso de Séneca:

Nunc facile pectus, grata nunc puveni Venus...

Como él ha tenido el pecho siempre abierto, fácil á las sugerencias del exterior, Venus ha sido amable y grata con él, como con todo joven que entra á la vida con los ojos francos é ingénuos, buscando á quien mirar,—y los tales ojos siempre encuentran quien los mire,—por no estar velados con las antojeras del literalismo. Ramírez Angel tiene el noble orgullo de la profesión y estima su arte, como todos debemos estimarla; pero es «un hombre» ante todo...

Hay, como hemos dicho, hallazgos de humorismo, hallazgos de emoción y hallazgos de pensamiento. Sin comentarios, voy á dar algunas muestras. ¡Fáciles cronistas, no equiparéis mi crítica con la misión de un viajante de comercio!... «Esto de la «querida» suena mundanamente á «gloria». Tal vez—reflexionaba anoche,—dentro de unos cuantos días, cuando mi novia se me haya entregado gane cierta consideración en la oficina y en el billar. Unos son respetables descubriendo el «radium», estudiando los orígenes del juego de bolos ó proyectando un ferrocarril al través del Pacífico... Dada la pequeñez de mi mundo, ¿no pasaré socialmente á un primer término si logro seducir á esta novia mía antes de que la seduzca otro hombre cualquiera?...» «(Cabalgata de horas, «2.ª divagación, II, p. 45). Aciertos de ideología sentimental: «Mi madre innegablemente, una buena, una santa madre, pero como mujer, me recuerda

una de esas narraciones que inició la sabia pluma de un maestro y que, al morir éste, sugirió en un discípulo el prurito lamentable de finalizarla. Como casi todas las mujeres, es á mi modo de ver, una cosa deficiente, empezada bien pero terminada de prisa; un proyecto encantador, la obra de un espíritu superior, algo perezoso, que dejó ociosa su mano, tal vez atribulado al considerar que [aquel momento de inspiración no había de ser duradero ni podía conducir á la perfección. Me imagino, en estos ratos en que pienso en la mujer—como esposa, como madre ó como novia,—que es esa obra que todo buen artista consagrado deja escondida y comenzada, nada más, en la anarquía de sus creaciones inéditas; el interés que despierta un primer acto ó una overtura; la marcha triunfal de una línea; el encanto de una cita preliminar. ¡Quién sabe si la mujer es una encantadora distracción de un Dios bueno ¡Acaso la mujer es la infancia de un misterio exquisito... No olvidéis que en el instante en que esta infancia para apagar sus balbuceos y hablar claro y sonoro, dice lamentables desencantos.» «(Ibidem,» p. 19). ¿Qué sutil pensador del Norte diría cosas más justas y ondulantes sobre el misterio del alma femenina?...

Acierto de madrileñería voluptuosa y alegre: «Mi novia es la flor de Madrid. Baila primorosamente; lee un poco y lo digiere mal; encuentra amarga la cerveza; lleva muy largas las cintas de los zapatos; habla por los codos, que son tan bonitos como sus labios; lee los versos que traen las hojas del calendario; refunfuña de su madre, que es vieja, y de su maestra, que es egoísta, tiene un tiesto de flores y un grillo en la ventana de su cuarto; quiere mucho á los hijos pequeños de sus vecinas, y le gustan los perfumes, las mazurkas y los novios alegres.» «(Ibidem,» II. p. 48.)

Hallazgo de humorismo que define á la vez su estado de opinión social: «Yo me pongo el abrigo, cojo la llave del portal (no quiero oír las buenas noches del sereno, que me cuestan diez céntimos) y me salgo á la calle, hacia un café que parece un salón de casa de huéspedes—siempre los mismos vulgares parroquianos;—ó hacia un «saloncito de color» donde ciertas mu-

jeros que son feas, que no cantan, que no tienen pecho, resultan, al decir de respetables rotativos, y de mis padres, y de muchos padres de otros hombres como yo, «terriblemente sicalípticas.» «(Ibidem)», p. 17).

Acierto final, que es á la vez un hallazgo de expresión sintética y de emoción poética y de ideología lírica; un pensamiento que muchos grandes pensadores no se desdeñarían de firmar: «Mi carne prefiere hoy las majas de Goya. Pasé la calentura que me inspiraron las matronas. Recorro, cada vez más viejo, ese camino sensual que empieza en Rubens, se detiene en Tiziano y acaba en Boticelli. Yo no sé nada de esto pero se me antoja que la pintura, como la vida, educando va envejeciendo. Frente á la carne, principia en espasmo y se disipa en éxtasis.»

LETRAS AMERICANAS

BIARRITZ

por Amado Nervo

¡Y cómo decir el sortilegio de esta playa en que todos los lujos, todas las elegancias, todos los refinamientos, forman contraste con un mar bravío, áspero, frecuentemente airado, que se debate espumarejeando entre los dientes implacables de las rocas!

¡Y cómo expresar la molicie que se apodera de nosotros en las dulces noches de estío: cuando el gran faro intermitente, barre las ondas con sus dos vivos haces de impalpable luz, que parecen antenas de un gran mónstruo misterioso. Cuando el inmenso y perennemente palpitante organismo del mar sólo se adivina por las orlas de plata fosforescentes de su espuma y por su perpétuo rumor de seda que se desgarra.

Cuando arriba en los casinos y cafés que son como islotes de claridad, cantan las orquestas y las más deliciosas mujeres del mundo, las que anidan del 15 de Agosto al 30 de Septiembre en esos palacios que se llaman, el *Palais*, el *Continental*, pasan llenando el ambiente de su invencible prestigio, hecho de miradas de perfumes y de ritmos lineales!

¡Y cómo decir la gloria de estas mañanas cálidas en que la *grande plage* ostenta todos los colores, y entre las vivas salpicaduras de las graciosas tiendas de lona, los niños triscan y las bellas mujeres, muellemente sueñan, mientras en las galerías umbrosas del casino municipal, los húngaros dejan fluir de sus arcos, el último vals... uno de esos vals hechos más de voluptuosidad que parece undular por el aire como una sutil culebra.

* * *

¡Oh! los rizos impregnados de sal, de las rubias mujeres, los rizos que escapan de las sienes y de la nuca á la sujeción de la gorra inglesa... los rizos que se agitan como espirales de oro,

mientras los claros ojos, hermanos del piélago, entre curiosos y asustados, miran las demasías de la onda...

¡Y quién pudiera, en fin, pintar el maridaje de estas arquitecturas suntuosas y de estos jardines, y de estas terrazas, en el gran anfiteatro que se yergue, todo él de improvistas escaleras, rientes recodos, de apacibles rincones de avenidas en que la arena cruje bajo los pies pequeñísimos y ágiles de las parisienses y las españolas...

Oh Biarritz, Biarritz, flor y milagro de la costa de plata, surgida del caprichoso imperio de la más bella de las soberanas tentación de reyes, cápu de millonarios, y á la vez nido de paz, de libertad y de amor!

Oh Biarritz, ¡que no tuviera yo veinte años, y veinte ensueños y veinte deseos... y veinte millones de francos...!

CRÓNICA

BLASCO IBÁÑEZ

por Vicente Almela

Saldrá en breve para la Argentina, donde dará una serie de conferencias sobre literatura española contemporánea, el insigne autor de *Cañas y Barro*, Vicente Blasco Ibáñez. Ningun literato español puede llevar á cabo como él, una misión tan árdua y difícil. Porque Blasco no es sólo un novelista admirable, un artista inmenso, el preferido por nuestro público; es también un orador que sabe dominar y conmover á las muchedumbre, con su elocuencia deslumbradora y ardiente de su palabra; su labor de tribuno popular constituye una de las páginas más gloriosas de su vida. Es necesario toda su energía, su fuerza de convencido y de dominador, de apóstol y de guerrero, para conquistar la conciencia de un pueblo y hacerla entrar por los cauces progresivos de la democracia republicana.

Valencia se rindió sumisa á su voluntad de creyente en idea, les de reforma social y se entregó sin dudas, sin vacilaciones porque Blasco no era sólo el lírico visionario de sociedades futuras, sino el demoledor de la ruindad existente, el capitán de toda algarada para protestar contra los abusos del poder y las demasías del clericalismo, que frecuentaba la redacción del periódico para escribir una diatriba, el club, para arengar á las masas, los comicios en las elecciones, la cárcel en cuantas ocasiones quiso la arbitrariedad dominante que purgara leves delitos de opinión.

Nadie como él para llevar la voz de nuestra representación literaria en la culta y populosa Buenos Aires. Su comprensión rápida de las cosas, el arte con que se apodera del alma de los paisajes y del paisaje de las almas, le permitirá darnos á conocer luego cómo son aquellas naciones hijas nuestras, en novelas que nos enseñarán más que los tratados de sociología, las descripciones geográficas y los discursos de sobrada fraterni-

dad ibero americana, porque reflejarán en su varia amplitud la realidad observada y embellecida.

Blasco, como dijo muy bien el otro día en un hermoso artículo Luis Morote, será el embajador extraordinario de nuestra literatura. Quizás sus gestiones den por resultado que en aquellos mercados encuentre facilidades nuestro comercio de libros, proporcionando á nuestros escritores el incalculable servicio de que puedan vender las ediciones de sus obras, que por torpezas edi-orales, descansan hoy en los almacenes de las librerías cubiertas de polvo.

Por su altísima significación de escritor, por sus dotes insuperables de conferenciante, por los beneficios que puede reportar á la literatura nacional, creo que constituye el próximo viaje de Blasco Ibáñez un acontecimiento de transcendental importancia.

No es el anhelo patriótico de la colonia española, el que le llama á Buenos-Aires. Son los argentinos, los nacionales de la República floreciente y próspera, los que quieren oír la palabra autorizada del creador genial de tantas bellísimas novelas. Con él va la España del siglo XX, la grande, la libertada de rutinas, la de ideas de paz y de justicia social, la destructora de fanatismos, la que lucha y trabaja por la renovación espiritual de las gentes dormidas en el regazo de la tradición.

Sea su viaje feliz y provechoso. Pueblo de soñadores y de poetas, á un artista deberemos nuestras futuras expansiones intelectuales en las vastas regiones de la América española.

LETRAS SEFARDITAS

MUNDO ISRAELITA

por **R. Cansinos Assens**

La campaña emprendida por *Revista Crítica*, tendiendo á una cordial reconciliación de sefarditas y españoles, á una espiritual convergencia de ambos pueblos por encima de los enojosos recuerdos de la Historia, encuentra eco en todas las naciones, donde los israelitas constituyen núcleos importantes y conscientes.

En Turquía, en Inglaterra, en Alemania, en todas partes, la idea de una Alianza Hispano-Israelita, lanzada por *Revista Crítica*, apasiona los espíritus y es un tema de periódicos y revistas. Románticos y positivistas discuten la posibilidad de un retorno á España y este título, en grandes letras negras, encabeza juiciosos y exaltados artículos. Todos los corazones israelitas, para invocar el fructuoso olvido, ó el estéril rencor se conmueven ante la idea de un posible *Back te Spain* retorno á España.

* * *

The Daily Telegraph, el importante periódico londinense, cuyas 16 páginas de letra diminuta lo más opuesto al genio latino, son la mejor prueba de su importancia, dedica en uno de sus últimos números bajo el título de *Back te Spain*, varios párrafos á estudiar la idea de una Alianza Hispano-Israelita.

El articulista recoge el espíritu de la circular que en estas columnas publicamos y hace resaltar la importancia de algunas de las firmas que al pie lleva, imprimiendo con la tinta más negra de sus cajas los nombres de Pulido, Canalejas, Moret...

**

El hecho de que un periódico de la importancia de *Daily Telegraph* recoja la idea de una Alianza Hispano-Israelita, demuestra la importancia de esta idea y debe halagarnos á los oscuros colaboradores de esta compañía de fraternidad y reconciliación, de hoy más, la Alianza Israelita empieza á ser un tema de estudio y de ensueño, en torno al cual convergen la cálida efusión de los corazones, y la serena atención de las inteligencias, y esto ya es bastante por ahora para los que empezamos á clamar en medio de un silencio más profundo que el de la noche estrellada.

**

Como toda idea, que no es mediocre, la de una Alianza Hispano-Israelita suscita dudas y objeciones, y comienza á crecer en medio de un fecundante escepticismo. *Daily Telegraph* duda de que el *Back to Spain* pueda ser un hecho y evoca el fondo de fanatismo, latente aun en nuestras leyes, que sólo conceden una humillante tolerancia á los cultos no católicos. Pero ¿es esta una objeción seria? El fanatismo nuestro es un fanatismo religioso, arcaico y sentimental y por esto mismo está destinado á desaparecer con la cultura. Por esta misma razón no es peligroso. Más temibles son otros fanatismos que se fundan en teorías sociales y económicas, y en una filosofía seleccionista que aspira á moldear el porvenir. Este fanatismo pseudo científico es el que ha engendrado el antisemitismo en el resto de Europa. Por lo demás, *Daily Telegraph* debería recordar las cartas que más de una vez ha publicado una revista londinense *The Jewish Chronicle*, denunciando las vejaciones, las burlas y los medioevales asaltos de que en pleno día son los israelitas objeto en ciudades tan importantes como Manchester, Birmingham y, sin embargo, apesar de ello, en Inglaterra existe la colonia israelita más noble, más poderosa, más intelectual y más respetada del mundo.

**

Más razonables que el frío escepticismo de *Daily Telegraph* son las líneas vibrantes de una gallarda combatividad que la

Israelitisches Familienblatt de Francfort dedica á esta cuestión. Este periódico hace vibrar un gran rayo olímpico contra aquellos que piensan en una posible repatriación de sefarditas. Los que sustentan semejante idea—dice el articulista—demuestran carecer de todo sentido histórico. Jamás los sefarditas que hoy viven en países cultos y libres se prestarían á volver á un país, del que fuesen expulsados como perros rabiosos (*rachhunde*). Imaginar tal cosa equivale á suponer á los israelitas desprovistos de todo sentimiento de dignidad nacional y afortunadamente no es así. Y esta hoja familiar de Francfort termina conminando á sus lectores, en nombre de las antiguas glorias y de las esperanzas futuras de Israel, á no dejarse seducir por las enervantes armonías de la sirena occidental.

*
*
*

Tiene razón el hidalgo articulista de la *Familienblatt* y el tono caballeresco de su indignación, muy español, muy siglo xvii, nos complace como el más delicioso anacronismo. Sí. Pensar que se puede hoy traer á España á los judíos en colectividad, como si fuesen un cargamento de aromáticas frutas del Oriente, es simplemente absurdo. Los judíos son algo más que eso y esta idea de una repatriación en masa acusaría una mentalidad tan despótica como la de un antiguo inquisidor. En este sentido toda tentativa sería tan bárbara, tan denigrante y tan medioeval como el edicto de los reyes católicos.

*
*
*

Afortunadamente, nadie ha pensado en eso y tanto *Daily Telegraph* como la *Israelitisches Familienblatt* de Francfort llegan el uno á su escepticismo y la otra á su indignación por no haber sabido penetrar la esencia del asunto. Ni por razones sentimentales, ni por motivos prácticos, aspiramos los colaboradores de *Revista Crítica* á traer á los judíos á España: ese millón de sefarditas diseminados por Europa, constituyen una constante irradiación de nuestra mentalidad, una colonia espiritual inapreciable, y por este lado nuestros objetantes pueden estar tranquilos. Nosotros sólo aspiramos á realizar una obra de aproximación, á borrar enojosos recuerdos históricos, á verter entre españoles é israelitas un óleo conciliador. ¡Que desde sus países floridos ó brumosos, desde Turquía, desde In-

glaterra ó desde las hermosas ciudades de Germania miren los israelitas sin rencor á nuestra madre España. Y que sepan todos que las antiguas columnas de Hércules no señalan ya un fatídico término á la amplitud magnífica de nuestro corazón.

*
* *

Esta es nuestra actitud y así lo proclamamos. Por lo demás, no nos extrañan las objeciones ni las dudas; aun la más sangrienta oposición preferiríamos á la indiferencia. Y nos explicaríamos esta sangrienta oposición. En el fondo de este asunto hay un enorme problema económico y las naciones extranjeras no pueden considerar sin algo de inquietud la posibilidad de que España se atraiga á sus laboriosas colonias israelitas y es natural que traten de vestir con hábitos inquisitoriales el pulido fantasma de nuestro fanatismo. Así habla la sabiduría.

EVOCACIONES

por Sarón

PROVERBIOS

*Porque mirando yo por la ventana
de mi casa, por entre las rejas de
mi celosía...*

I

Desde la celosía de su palacio el viejo Salomón contempla la ciudad: es la hora en que la tarde se llena de dulzura: las calles son azules y en el aire tranquilo huelen las tiendas de los perfumistas.

Es la hora de los rezos y de las abluciones; los rebaños desfilan bajo los altos arcos, los mercaderes hablan delante de sus tiendas y en el aire fragante se dilatan los cantos de las portadoras de ánforas y de las vendedoras de frutas.

Desde la regia celosía, el anciano monarca contempla la ciudad: la tarde palidece como una enamorada; en la alta ciudadela brillan las luces vigilantes: y la luna se eleva como una gran diadema sobre Jerusalén.

II

Junto á los muros del palacio, una mujer, joven y bella, se pasea lentamente: es joven y hermosa y ataviada como las cortesanas.

Aureas cintillas brillan en sus negros cabellos; de entre el velo sus senos surgen como dos lunas; y el aire de la tarde se hace fragante á su alrededor.

En la sombra escondida acecha a los que pasan: sus manos, refulgentes de anillos como las de las concubinas, se asen de los mancebos y con voz melodiosa susurra en sus oídos palabras de pasión...

III

¿A dónde vas, lindo mancebo?—dice la seductora—Voy á casa, señora, que mi madre me espera —Ven conmigo á la mía, que allí espera el amor.

Mi marido ha marchado para un largo viaje y ha de ver muchas lunas lejos de la ciudad; he sahumado mi alcoba con mirra y cinamomo; mi lecho es recamado al estilo de Egipto; ven y embriaguémonos de amores hasta la mañana.

Así habla en la sombra la bella seductora; y en vano esquivaba el joven la astucia de sus lazos, su aliento es turbador como la primavera y sus besos ardientes como las flechas de los arqueros.

El incauto mancebo se deja conducir por la arrebatadora.

IV

Desde la regia celosía, el anciano monarca contempla la querella y sus pálidos labios sonríen con amargura, la sombra ha hecho densa como un ungüento y la reseda da olor al pie de las murallas.

A lo largo del muro, la amorosa pareja se aleja lentamente: se oyen besos, suspiros y en el aire tranquilo los cantos melancólicos de los centinelas.

El anciano monarca ve alejarse al mancebo con ojos compasivos recordando su loca juventud y sus trescientas concubinas. Exclamó suspirando:

—Oh hijo mío, di tu hermana á la sabiduría: para que te libre de la mujer ajena y de la extraña que ablanda sus palabras.

V

Porque mirando yo por la ventana de mi casa; por entre las rejas de mi celosía; he aquí que ví á un mancebo, falto de entendimiento.

LETRAS EXTRANJERAS

FEDRA, DE GABRIEL D' ANNUNZIO

por E. Díez Canedo

En el teatro Lírico de Milán, la noche del sábado de Gloria se estrenó, con mediano éxito, la tragedia antigua de Gabriel D' Annunzio que trata nuevamente un tema dramático ilustrado ya por los genios de Eurípides y Séneca entre los antiguos, por Racine entre los modernos.

D' Annunzio no cree que la tragedia griega debe necesariamente ofrecer el movimiento detenido y fuertemente acusado de un bajo relieve. El la ve toda conmovida por una llama interior que la exaspera y moviliza. Al presentar la figura de Fedra, hija de Pasifae, no hace de ella la engoladísima y cortesana enamorada que guarda, en sus transportes más violentos de pasión, el continente severo, irreprochable, que hubo de darle Racine. El, la ha visto como una Pasifaeía, según ha declarado en la entrevista con Renato Simoni, publicada antes del estreno de la tragedia, Fedra dice:

«Yo sono una Titanide. mia madre
nacque del Sole e dall' Oceanina;
e per ciò sono anch' io piena di raggi
e di flutti, son piena di Chiarori
e di gorghi. Ardo. Ondeggio...»

Lo culminante de la tragedia dannunziana se condensa en el acto segundo en dos escenas que fueron clamorosamente aplaudidas. De aquí la frialdad con que se acogió el acto tercero, menos vibrante.

D' Annunzio posee á Fedra en escena durante casi toda la tragedia. Aparece muy al comienzo del primer acto, que se

abre con las lamentaciones de las siete madres de los héroes que combatieron en cada una de las puertas Tebanas. Teseo esposo de Fedra, ha ido á rescatar sus cuerpos insepultos para conducirlos á Trecenia. Un mensajero, que al pronto juzgaron portador de infaustas nuevas, anuncia la victoria de Teseo. Adrasto, rey de Argos, que acompañó al héroe, en la misma nave que trae las cenizas de los muertos envía tres dones para Hipólito, el hermoso adolescente hijo de Teseo: una esclava tebana de estirpe real, un cráter de plata y un caballo divino: Arion. La pasión de Fedra por su hijastro se desenvuelve á la vista de la pobre esclava, que perece, víctima de los celos de la esposa de Teseo. El caballo Arion ha de ser funesto para el mancebo. La escena en que Hipólito cuenta la captura del potro indomable, acorralado por él hasta las rompientes del mar y sujeto por un lazo, es bellísima. No lo es menos la que se refiere á la muerte del mancebo, víctima del furioso corcel. En ellas ha buscado el poeta no color sino relieve, ha querido dar á sus versos toda la plasticidad de la escultura.

En la escena de la captura de Arion y en la siguiente, en que Hipólito, rendido al cansancio es despertado de su sueño por el beso de Fedra revelador de la pasión que por el hijo siente la esposa del padre, está la cumbre de la tragedia. Son abundantes los episodios magníficos, como el del pirata fenicio y el de la transfiguración del conductor de carroza en un Aeda portalira, contagiado por el sacro furor de Fedra, y en el primer acto, la narración de la muerte de Capaneo en los muros de Tebas, fulminado por los dioses en castigo de su impiedad.

La inspiración de D' Annunzio ha hecho de cada uno de estos episodios una maravilla. Por los versos endecasílabos y heptasílabos libremente combinados corre una violenta llama de pasión. Si no queda esta obra como la primera del teatro D' Annunziano por su fuerza dramática, ha de vivir gracias á la prodigiosa vestidura que le ha dado el poeta.

No se ha limitado á trazar una vez más la prócer figura de la heroína; él ha querido hacer como una evocación de la Hélade prehomérica. La alusión á Elena, que danza infantil y desnuda, ante un ara, es de una maravillosa penetración poética.

D' Annunzio, que tiene terminada una novela moderna «Forse che sí, forse che no», interrumpió, para escribir su «Fedra», la tragedia que tenía entre manos, moderna también: «La

«Pietà», inspirada en la de Miguel Angel, desenvuelta entre cuatro personajes: madre, dos hijos y nuera. Fedra, aunque pensada mucho tiempo ha, la ha escrito en unos tres meses, de los cuales, diez y siete días fueron de trabajo constante, comenzando á las nueve de la noche y prolongado hasta igual hora de la mañana.

D' Annunzio cree que el público busca sus producciones y no se cansa nunca de él, porque trata de darle siempre cosas nuevas, sorpresas inesperadas. Quiere que el pueblo vea en su aspiración no una esposa, sino una amante; y por eso no se ha limitado á seguir en cada obra la falsilla de la anterior, sino que ha buscado formas é ideas nuevas, abandonando un género cuando los imitadores recogían, desdeñando las palabras suyas, cuando otros se las apropiaban por el uso, á fin de dar con cada obra nueva una batalla.

También está entre sus proyectos el de una comedia de tipo goldoniano que se titulará «Los pretendientes»; el germen de ella se encuentra en una de «Novelas de la Pescara»: trátase de una viuda, nueva Penélope, asediada por un grupo de adoradores. El poeta quiere poner en ella una vena de humorismo, que abandonó después de haberlo puesto en muchas de sus obras de juventud.

La representación de «Fedra», muy bien puesta en escena, corrió á cargo de la Franchini-Fumagalli, que encarnó de modo admirable el personaje principal. Los periódicos de Italia envuelven en generales censuras á los demás intérpretes, salvando sólo á Gabrielino D' Annunzio, el hijo del poeta, que dió vida al Hipólito y tuvo momentos muy inspirados.

SWINBURNE

Inglaterra ha perdido al más grande de sus poetas. Algernon Carlos Swinburne, nacido en 1837, ha muerto en su casa de Putney Hill, cerca de Londres, que habitaba mucho tiempo ha en compañía de su amigo de siempre, el poeta y novelista Teodoro Watts-Dunton.

Los primeros ensayos de Swinburne, dos tragedias en verso «La Reina Madre y Rosmunda» publicadas en 1860 pasaron inadvertidas. El crítico Edmundo Gosse dice que sólo se ven-

dieron veinte ejemplares. ¡Qué consuelo para los jóvenes que han visto con melancolía el intacto rimero de tomos que aguardan en vano la llegada de un comprador!

Swinburne, aunque no llegó á graduarse, había recibido una esmeradísima educación clásica. A ella se debió, en 1865, una nueva tragedia «Atalanta en Calidonia, que de repente, le hizo famoso con un renombre que se aureoló al año siguiente de un resplandor de escándalo al aparecer sus «Poemas y Baladas». En «Atalanta», el espíritu irreligioso del poeta manifestábase en violentas diatribas contra todos los dioses. En el nuevo tomo de versos, aquella impiedad trocábase en un perverso fondo de sensualismo, exaltado por el laborioso y sibilino refinamiento de la forma, «Anactoria, Dolores, Faustina», casi todas las composiciones del libro, tienen el mismo fuego erótico. Desenvuelven muchos temas antiguos con una cruel y morbosa modernidad. El libro, en la púdica sociedad inglesa, fué acogido con un movimiento de protesta, pero su autor se puso desde luego en primera fila entre los poetas de su tiempo.

Desde 1867 su inspiración toma otros rumbos. Entusiasta de la idea republicana, lleno de amistad y veneración por la figura gigantesca de José Mazzini, el padre de la tercera Italia, sus cantos son nuncios de una revolución que ha de transformarlo todo. Nada importa que sus predicciones hayan quedado incumplidas, con la excepción única de la instauración de la república en Francia. Los versos de sus «Cantos de antes de la aurora» y del «Canto á Italia» y de los «Cantos de dos naciones», animados por un soplo bíblico y gigantesco, quedan entre los mejores de la lengua inglesa.

Había publicado Swinburne, poco después de su «Atalanta», un drama, «Chastelard», primera parte de una trilogía que se completó con «Bothwell», (1874) y María Estuardo (1881). La figura de la reina de Escocia aparece en estos tres dramas, compuestos según los cánones de los dramáticos del período isabelino, como la de una mujer fatal, de terrible hermosura, que se goza en toda destrucción. Obras de vastísimas proporciones, nunca han sido representadas, como por otra parte, las demás de Swinburne á excepción de «Locrine» que se llevó á las tablas sin ningún éxito. Además de las mencionadas, compuso el poeta otra tragedia griega «Erechtheus», que marca en su obra una madurez, una maestría extraordinarias, y los dramas «Marino Faliero», «Las hermanas», «Rosmunda reina de los Lombardos» y «El duque de Gandía», que presenta más que

la figura del duque asesinado, las de los terribles Alejandro y César Borgia, padre y hermano suyos.

En la poesía lírica, dos nuevos seres de «Poemas y Baladas», y otros libros entre los que merece mención especial «Tristán de Leonís», poema caballeresco, dentro de los cánones del pre-rafaelismo, indican más reposo, menos ardor y la misma seguridad técnica. El amor á la naturaleza se hace más vivo y es inspirador de hermosísimos versos. Nunca se habrá cantado la belleza fuerte y salvaje del mar de modo más soberbio que en algunas de las poesías de Swinburne.

Su labor como crítico literario, compuesta de estudios sobre Shakspeare y los dramáticos de su tiempo, sobre Víctor Hugo, sobre una porción de puntos concretos de la historia literaria es inmensa y notabilísima. Swinburne compuso versos en griego, en latín y en francés. Las canciones escritas en este último idioma que figuran en los dramas consagrados de «María Estuardo», son admirables de ligereza y propiedad.

Entre sus maestros se cuentan los profetas bíblicos, Catulo, V. Hugo y Baudelaire. En la forma de su poesía influyó mucho la de Dante Gabriel Rossetti. Un rondel de Swinburne dedicado á Catulo, puede dar alguna idea del poeta: en la traducción hemos procurado conservar la forma característica del rondel:

Mi hermano, mi Valerio, más cara para mí
tu frente laureada, que cuantas al romano
pueblo coronan: fuiste, de tu voz lo aprendí,
mi hermano.

Polvo de muerte ó tiempo querrá empañar en vano
nuestro amor este último parentesco cercano
de amores y de odios, que tengo yo de tí.

Temor ni afecto al César en tus estrofas ví
y anaste la canción y amaste al océano:
yo, mortal, á tí, muerto ¿no he de llamarte, dí,
mi hermano?

F. MARION CRAWFORD

Otra pérdida para la literatura inglesa, para las damiselas inglesas más bien, tan aficionadas á la lectura de esas novelas pintorescas y sentimentales que inundan el mercado de libras

inglesas y se desbordan por el continente bajo las blancas cubiertas de la colección Tauchnitz, es la del escritor Francisco Marión Crawford, fallecido en Sant'Agnello, cerca de Sorrento, el día 9 de Abril, á los 55 años de edad. Había nacido en Italia, de padre americano que desde su país se había trasladado á Roma para dedicarse á la escultura y ser discípulo del danés Alberto Thorwaldsen.

El escritor tuvo un momento de fama; aquel en que Sarah Bernhardt representó un drama suyo «Francesca da Rimini», traducido al francés por Marcelo Schwob. La obra no alcanzó el éxito que las novelas de su autor, novelas que pintan una Italia semejante á la España de los franceses, una tierra de frailes galanteadores, bandidos generosos y doncellas que por amor se lanzan con ó sin mengua de su doncellez á las más temerarias aventuras. He aquí los títulos de algunas de ellas: «Mr. Isaacs» (1882), su primer libro; «Doctor Claudius, Zoroaster, Saracinesca Greifeustein, With the Immortals, Marzio's Crucifix, The Three Fates, Corleone, Vía Crucis, A lady of Rome». Deja incompleta una novela titulada «The White Sister».

Hombre de posición acomodadísima tuvo la pasión de los viajes. En su goleta «Ada», recorrió todos los mares. Era muy respetado y tenía la estimación del pequeño pueblo de pescadores en que tenía su residencia y en que ha muerto al tañido de las campanas de la semana de Pasión. Muchas de sus obras se han traducido á diversos idiomas.

CRÍTICA

ENMIENDAS AL DICCIONARIO

DE LA ACADEMIA (Toro Gisbert).

por P. de Mugica

Tengo dicho, ya no sé cuántas veces ni dónde, que deben desterrarse del diccionario académico todas las voces dialécticas, pues de admitir las infinitas que aun viven por fortuna en provincias y hasta en la misma capital, resultará el léxico enorme. Razón tiene el Sr. Toro. «Puesto que el Diccionario es de la lengua castellana, ¿por qué nos han de meter tanto aragonés y gallego?»

De *añoranza*, «voz elegante y de real utilidad» (id.), hablé en la crítica á la gramática de Menéndez Pidal y en la de la obra del P. Mir: «Y luego habrá quien eche en cara á la Academia el haber metido por ejemplo el catalán *añoranza*» (id.) Supongo se refiere á esto que dijo Valbuena:

—Pero allí permanece impasible, evocando dichas y despertando *añoranzas*...

¿*Añoranzas*?... ¿Y eso?...

—Eso es otra tontería que hace años les trajo á los académicos don Victor Balaguer allá de Cataluña, y que ellos, los majaderos, recibieron como un regalo, aunque no nos hacía maldita la falta.

—Y ¿qué quiere decir?

—Los académicos no lo saben á punto fijo, ni los catalanes

tampoco. De suerte que... lo que ustedes quieran. Y vamos andando.

En una crítica dije: «Es inconcebible la pereza, el abandono, de ignorancia de la Academia. Las definiciones... léalas usted, lector curioso.» Si quiere usted reirse, compre un mono ó dos, decían en «El Barberillo del Avapiés.» Falso. Si quiere uno desmandibularse de risa, lea las definiciones esas, y pasará los grandes ratos. Muchos abren una cuarta de boca cuando digo, muy serio, en tono de convicción, que ninguna revista jocosa, ni los *Fliegende Blätter* de Munich, me hacen soltar el trapo como el Diccionario de la Academia. Entre los miles de chistes que trae, aduzco sólo estos:

—*Bruñir*, afeitar el rostro, como hacen las mujeres, con varios ingredientes.

—*Volador*, dicese de lo que está pendiente...

—*Mozcorra*, del árabe, abierta de piernas, ramera.

—*Desvirgar*, quitar la virginidad á una doncella.

—*Alidar*, arreglar por encima el pelo.

—*Chapús*, obra ó labor de poca importancia. Como hacer diccionarios, esto es, una *chapusa*.

Yo también llamaba la atención sobre el modo de definir la acepción marítima de *chapús*, diciendo: «Y ahora, ojo y oído: *Mar* (¡la mar!)» Palo que acompaña á los principales de extremo á extremo ó más bajo de la fogonadura, y *estos se añaden* á los árboles... ¿Qué tal? La Academia define esta acepción con 34 palabras; un autor alemán, con 7.

El Sr. Toro escribe: «Todo el mundo dice *el habla*, *el hacha*, pero también se dice *la haca*, *la hacha*, *la halda*, *la hampa*, *la haya*, *la haza*...» Varias veces he hablado de esto, y he dicho que *el* se usa siempre que la voz siguiente empieza con *a* tónica ó acentuada como el autor dice. Cuando las famosas (y latosas) conferencias de *El Haya*, ni una sola vez vi esta forma, que es la regular; *La Haya* se leía á diario, por meses. En Vizcaya dicen *el halda* por *la falda*.

El capítulo de la *ortografía* es muy interesante. Al autor le pasa lo que á todos nosotros. Cada vez que uno abre un perió-

dico ó revista de España ó América se queda absorto al ver la anarquía ortográfica que reina por doquier, se arman líos espantosos con la *b* y la *v*, la *s* y la *c*, y en cuanto á acentos, hay un desbarajuste piramidal. «No hay madrileño que no escriba *Arquímedes*, *cólega*, *epígrama*, *hipógrafo*, *telégrama*. En esto va el autor algo lejos. «Encuentro totalmente grotesco que pueda decirse: «cónclave» ó «conclave», «párrafo» y «parrafo», «médula» y «medula» «parásito» y «parasito». Añada «árgoma» y «argoma». Respecto á esto, dije en la «Sesión académica ideal», que espero llegue á ser pronto real.

Acentuemos las palabras tal como lo hace la generalidad: «kilógramo, kilólitro, médula».

—Yo en mi vida he oído decir á nadie «medula».

—Lo escribe «la eximia».

—Pero es por entrar en nuestro seno.

—Esa señora debe de tener sentada en la boca del estómago el eterno «la eximia» que la endilgan.

—Pues aunque lo digan todas las Emilias y las Academias del mundo, no diré yo «medula».

—Es como aquello que decíamos de chicos:

En tiempo de los «apostoles»
había unos hombres «barbaros»,
que mataban los «pajaros»
«debajó» de los «arboles».

—Y como lo que cantaba uno de «Los dos ciegos» con la música de «La donna é mobile»:

«Cordoba» la «súltana»
la reina de «Andálucia».

El Sr. Toro opina que la Academia debe desaparecer. Conforme. Para lo que sirve... A lo que el autor dice, puede añadir lo siguiente, de «Fígaro», que anda en candelero, al fin:

«Déseles (á los irracionales) el uso de la palabra; en primer lugar necesitarán una Academia, para que se atribuya el

derecho de decirles que tal cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquiera otra cosa; necesitarán sabios, por consiguiente, que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar.» Parece esto escrito ahora mismo, para los actuales académicos.

«Gedeón» llama á estos «limpiabotas del idioma». No está mal la denominación. En Alemania, donde todo quisque ha de tener algún título retumbante, como nosotros allá en tiempos de Cervantes, preguntóle á un limpiabotas, un juez, cuál era su profesión, «Consejero de limpieza», respondió.

«Sprachverschönerungsrath» sonaría en Alemania apabullantemente.

Escuche, en cambio, esto que dijo el pobre Valera: El Diccionario es un «libro excelente y útil, así por la «abundancia de vocablos», como por el «acierto» y la «claridad de las definiciones», y por la «exactitud y el tino de las etimologías.» O estaba de buen humor el buen don Juan, cuando escribió esto en sus «Ecos Argentinos», ó se propuso bombear ciertamente á los académicos, al igual que á unos cuantos sinsontes y sosotes.

Valera decía que la Academia incluye no pocas palabras de «germania», aduciendo como razón que se hallan en novelistas. ¡Magnífica razón! Y no incluye los millares de vocablos modernos, usados por todos, que traen novelistas académicos como Galdós y Palacio Valdés.

En una crítica mía del «Zeitschrift» de Tróbe, dije: «Respecto al lenguaje usado en las «definiciones», es un revoltijo de varias épocas, habiendo en ellas voces cuyo significado actual es ya distinto de todo punto.»

—«Arromadizarse», contraer romadizo, esto es, resfriarse.

—«Lastimarse», dolerse del mal de uno, es decir, condolerse.

—«Albarillo», especie de tañido ó son. ¡Qué musicastros!

—«Ir por el albarillo», hacerse ó suceder las cosas atropelladamente. Como v. gr. el diccionario académico.

—«Albarrada», reparo.

Ernest Muret, resumiendo mi crítica del «Archiv», decía en el «Bulletin Hispanique»: «Etimologies fantastiques, definitions

incomplètes et mauvaises, lacunes». (Tomo IV núm. 3, Juill. Séptembre 1902).

Mariano de Cavia dice en «Salpicón»: «¿Quién echaría de menos la Academia si se aventaran sus cenizas? Tres personas no más. El portero del edificio, el secretario de la corporación, que tiene casa de balde, y Antonio de Valbuena... Para las antiguallas huera y estériles, como la Academia, «cobre... ó nada...» Cada tropiezo de la Academia (y hay largos periodos en su vida en que cada frase es un tropiezo) da origen al mismo clamoreo! «¡Abajo la Academia! ¡Que se suprima! ¡No más académicos!...» Pero ellos siguen dentro, dentro del queso, como el ratón de la fábula. La necesidad de la Academia es indiscutible... porque no hay tal necesidad. Toda institución que no se transforma y renueva, perece... ¿Por qué, en vez de elegir la Academia á los académicos, no reconoce ese derecho á la opinión de las gentes cultas?»

Todos recordarán aun el jaleo que se armó cuando eligieron, en vez de Galdós á Commelerán. Todavía tenemos presente lo mucho que ha costado que eligieran á un escritor tan popular y simpático como Palacio Valdés. Ahora hay una vacante. Escogerán de seguro á alguien que nadie conozca, á algún ratón de biblioteca.

CASA EDITORIAL MAUCCI
MALLORCA, 166, BARCELONA

Obras de Alejandro Dumas

EL CONDE DE MONTE-CRISTO

Edición ilustrada

Encuadrada en tela con planchas doradas 12 ptas.
En pasta española 12 »

Los tres mosqueteros * Veinte años después

Dos tomos cada una

El Vizconde de Bragelone

Seis tomos.

A peseta cada tomo.

LA
Dama de las Camelias

Un tomo: 0'50 ptas.

LOS
Mil y un fantasmas

Un tomo: 0'50 ptas.

Viaje á Suiza *

Don Pedro el Cruel

A 60 y 30 céntimos tomo respectivamente

Casa Editorial Maucci

MALLORCA, 166.—BARCELONA

Obras de Guy de Maupassant

El Buen Mozo.

Berta.

La Criada de la
Granja.

La Señorita Perla.

Bajo el Sol de Africa

El Testamento.

La Loca.

El Abandonado.

Miss Harriet.

El Suicidio del Cura

Inútil Belleza.

Obras de Emilio Zola

L' Assommoir.

Naná.

Los Misterios de
Marsella.

Teresa Raquín.

La Débâcle.

Lourdes.

Roma.

París.

Fecundidad.

Trabajo.

Verdad.

Los cien cuentos de Boccaccio

La hija del Cardenal

OBRAS DE CAROLINA INVERNIZIO

de venta en esta Casa Editorial

LOS MISTERIOS DE FLORENCIA

(Cuatro tomos)

- | | |
|-------------------------------------|----------------------------------|
| 1.º LA HUÉRFANA DE LA JU-
DERIA. | 3.º EL ESPECTRO DEL PA-
SADO. |
| 2.º PASIONES Y DELITOS. | 4.º LOS AMORES DE MARCELO. |
- LA MUJER FATAL, 2 tomos.
CORAZON DE MADRE, 2 tomos.
LA SEPULTADA VIVA, 2 tomos.
RINA O EL ANGEL DE LOS AL-
PES, 2 tomos.
EL BESO DE UNA MUERTA, un
tomo.
LA VENGANZA DE UNA LOCA
(2.ª parte de *El beso de una
muerta*), 1 tomo.
EL CRIMEN DE LA CONDESA, un
tomo.
EL RESUCITADO (2.ª parte de *El
crimen de la condesa*), 1 tomo.
LA PECADORA, 1 tomo.
LAS HIJAS DE LA DUQUESA, un
tomo.
EL ERMITAÑO (2.ª parte de *Las
hijas de la duquesa*), 1 tomo.
- LA MALDITA, 1 tomo.
EL HIJO DEL AHORCADO (2.ª
parte de *La maldita*), 1 tomo.
PARAISO E INFIERNO, 1 tomo.
EL ULTIMO BESO, 1 tomo.
EL GENIO DEL MAL, 1 tomo.
EL SECRETO DE UN BANDIDO
1 tomo.
LA LUCHA POR EL AMOR, un
tomo.
LAS VÍCTIMAS DEL AMOR, un
tomo.
CORAZÓN DE OBRERO, 2 tomos.
AVENTURERA, 2 tomos.
HEROISMO DE UNA MUJER, (2.ª
parte de *Aventurera*), 1 tomo.
AL BORDE DEL ABISMO, 1 tomo.
LAZO FUNESTO (2.ª parte de *Al
borde del abismo*), 1 tomo.

LAS TRAGEDIAS DE LOS CELOS

(Cuatro tomos)

- | | |
|-----------------------------------|-----------------------------------|
| 1.º DORA Ó LA HIJA DEL
ASESINO | 3.º EL COFRE MISTERIOSO. |
| 2.º LOS MARTIRIOS DEL AMOR. | 4.º EL CASTIGO DE UN MAL
VADO. |

CADENA ETERNA

(Cuatro tomos)

- | | |
|----------------------------------|--------------------------------------|
| 2.º LA BODA TRÁGICA. | 3.º HIJA SIN PADRES. |
| 1.º LA HIJA DEL CEMENTE-
RIO. | 4.º EL TRIUNFO DE LA INOCEN-
CIA. |
- LA REINA DEL MERCADO, dos
tomos
- AMOR TRIUNFANTE (2.ª parte de
La Reina del Mercado), un tomo

MISTERIOS DEL CRIMEN

(Cuatro tomos)

- | | |
|---------------------------|----------------------------------|
| 1.º SATANELA. | 3.º EL SUPPLICIO DE LA INOCENCIA |
| 2.º LA MANO DE LA MUERTA. | 4.º JUSTICIA DIVINA. |
- LA CIUDAD MISTERIOSA, dos to-
mos.
LOS DESESPERADOS, (2.ª parte de
La Ciudad Misteriosa), dos tomos
LAS DESHONRADAS (3.ª parte de
La Ciudad Misteriosa), dos tomos
- La Ciudad Misteriosa*, dos tomos
EL CALVARIO DE UNA MADRE dos
tomos.
ARREPENTIMIENTO (segunda parte
de *El Calvario de una madre*)

Precio: una peseta cada tomo.